

ASTEROIDE LESBOS - 3

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION

Datos del libro

Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9780000000002
Generado con: QualityEbook v0.60

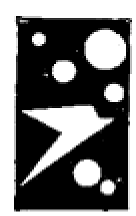
ASTEROIDE LESBOS-3



CURTIS GALAND

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 183

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

Depósito Legal B. 49.245 – 1973
Impreso en España — Printed in Spain
1.ª edición: FEBRERO, 1974

Impreso en los Talleres Gráficos de ***Editorial Bruguera, S.A.***
Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

"Lesbos: Nomo o división administrativa griega, constituida por las islas de Lesbos, Lemnos y Eustratios, del mar Egeo. Nombres importantes en la Mitología...

"Quizá por ello, la Federación Mundial de Astronáutica, en el año 2211 de nuestra Era, al resolver dar nombres mitológicos griegos a sus Misiones dentro del Proyecto Ulises, que evocaba algo parecido a una posible Odisea cósmica, nominó a sus Asteroides artificiales, naves y cohetes, en dos divisiones principales: Eros y Lesbos.

"Esta es la historia de un Asteroide artificial, Lesbos3, que se perdió misteriosamente en el Cosmos, y en cuya búsqueda partirían más tarde los componentes de la llamada Expedición de Rescate Ícaro, nombre tomado del rey de Esparta, padre de la hermosa Penélope, esposa del héroe que daba nombre al Proyecto total.

"Y de la Expedición Espacial de Rescate Ícaro, del perdido Asteroide Lesbos3, y de lo que sucedió en aquella nueva Odisea situada a miles de años de la epopeya helena, es de lo que habla este relato..."

PRIMERA PARTE

Asteroide perdido

CAPITULO PRIMERO

—DE modo que hemos sido elegidos nosotros...

—Sí, nosotros. No sé si es una buena noticia, pero así me lo han comunicado, y así te lo digo, Brian.

—Espero que sí sea algo bueno. A fin de cuentas, estamos aquí para eso. Y es agradable que se acuerden de uno para una tarea importante y no rutinaria. Significa que somos buenos astronautas, Marcel.

—Esperemos también que sigamos siéndolo después —rio entre dientes el francés, sacudiendo su rubia cabeza con aire pensativo. Se volvió a Fedor Korev, y añadió, irónico—: ¿Tú qué piensas, amigo?

El astronauta ruso se encogió de hombros, con un centelleo malicioso en sus pequeños y risueños ojos azules.

—Opino como Brian —dijo al fin—. Debemos ser buenos en nuestra especialidad. Creo que la Misión Ícaro va a ser compleja y peligrosa. Pero todo eso forma parte de nuestro trabajo, ¿no es cierto? Y no debe sorprendernos en absoluto que la tarea a cumplir sea difícil y llena de riesgos. Ya sabíamos eso al ingresar en el Cuerpo de Astronautas de la Federación Mundial. Y esperábamos con ilusión algo grande a realizar. Tal vez sea éste el caso.

—¿También vienen las chicas? —se interesó Brian, pensativo.

—Sí, también —afirmó Marcel, volviéndose a él—. El viaje va a ser largo, amigos. Una especie de Odisea, si nos atenemos al lenguaje griego que utilizan en definir su programa nuestros jefes.

—De Scila en Caribdis, y con posibles Polifemos y Circes en el camino —dijo irónico el soviético—. Sí, todo muy expresivo... Y el viaje será tan largo, que prefieren que vayamos con nuestras campaneras espaciales, para no sufrir nostalgias respecto a la vieja y querida Tierra.

—Todo programado —suspiró Brian Baker, el joven astronauta norteamericano—. Nuestras compañeras, con las que tuvimos que contraer matrimonio en el espacio en la anterior misión… y ahora una especie de segunda luna de miel…, pero rumbo a las estrellas. Poético y hermoso, ¿no os parece?

—Ideal —refunfuñó Marcel Dargent—. Veremos dónde termina la poesía…

—Poesía… —Fedor se encogió de hombros, dubitativo—. Para mí, el espacio, las estrellas y los mundos lejanos, no son sino tecnología, control remoto, electrónica y entrenamiento rutinario, todo ello al servicio de un programa oficial, aprobado previamente por los Gobiernos y refrendado por la Asamblea de la Federación Mundial de Astronáutica. Todo demasiado burocrático y carente de emociones auténticas. Cuanto menos de auténtica poesía o romanticismo, amigos.

—¿Esa es una opinión puramente proletaria, o personalmente tuya, Fedor? —bromeó Brian Baker.

—Deja la política a un lado, yanqui —se burló el ruso—. Creo que las cosas son iguales para todos nosotros, no importa nuestra nacionalidad, ideología o raza. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, filósofo —rezongó Marcel—. Creo que somos simplemente engranajes o partes de un frío mecanismo. Ahí termina todo. Está todo tan medido, tan calculado, tan previsto, que en realidad todos nosotros no somos sino elementos de lo previsible, de lo calculado y milimetrado. El riesgo queda marginado. La emoción humana, también. Recuerdo que tuve una bonita novia en París. ¿Qué fue de ella? No lo sabré nunca, posiblemente. Me hicieron casarme fríamente con una dama muy atractiva, muy inteligente, pero tan fría y cerebral como si hubiera sido programada para el matrimonio, la fecundación y el matriarcado cósmico. Nos casamos en el espacio, tuvimos hijos en el espacio… y seguimos unidos, más en el espacio que en nuestras frías viviendas, en nuestros bien programados hogares dentro de las Zonas de Trabajo de la Federación Astronáutica Internacional.

—Tu problema es el de todos, Marcel —sonrió el ruso Fedor Korev, sacudiendo la cabeza en sentido afirmativo—. Mi Anushka no era la elegida por mí anteriormente. Pero ahora tenemos; dos niños, y somos felices. Tuve una chica llamada Katia, de quien creí

estar realmente enamorado. Hoy en día, no estoy seguro de ello. Creo que llegué a enamorarme de Anushka, la verdad. El amor no es sólo un sentimiento platónico y espontáneo, Marcel. Es algo que nace con el roce, el tiempo, la mutua comprensión, la ternura, el afecto...

—Un amor burgués —se burló el francés—. ¡Y eso lo dice todo un ciudadano de la Unión Soviética, señores! ¿No temes que tu Partido te pueda "purgar" por ideas tan propias de Occidente y de su decadencia?

—Vete al diablo —se enfadó Fedor—. Nunca hablas en serio. Y cuando lo haces, no convences a nadie, Marcel.

—Dejad la fiesta en paz —terció Baker, conciliador. Miró pensativo a Marcel y a Fedor—. En el fondo, ambos tenéis razón y no os dais cuenta. Todos, en cierto modo, hemos sido unos frustrados en nuestra independencia y personalidad. Tú, Marcel, dejaste a tu novia parisina por la astronauta elegida por los superiores, dentro del programa implacable que, en realidad, aceptamos tácitamente al inscribirnos en esto. Te eligieron novia, esposa, luna de miel y todo eso. Lo admitiste, ¿no? Es tuya la culpa, como lo es de Fedor o mía. Todos dejamos a alguna chica con la que, posiblemente, de haber seguido las cosas otro cauce, tampoco nos hubiéramos llegado a casar. Fedor es feliz con Anushka. Tú no eres desgraciado con Yvonne, aunque digas lo contrario. Y tienes un niño maravilloso. Yo..., yo no tengo hijos. Ni sé siquiera si amo a Luana. Pero es mi esposa. Y la acepté como tal, procurando olvidar a todas las demás chicas con las que salía habitualmente, sin haber elegido aún a una determinada. Primero, me costó trabajo. Luana no era..., no era mi tipo. Pero me casé, porque así me lo exigía mi contrato con la Federación Internacional de Astronáutica. Aquí, el matrimonio es un experimento más, la luna de miel un ensayo espacial, y la fecundación, una fría prueba biológica. Pero lo sabíamos desde un principio, y no lo rechazamos. Tuvimos nuestra oportunidad de darnos de baja. Preferimos seguir adelante. No hay que reprochar nada a nadie. Sólo a nosotros mismos, Marcel. Si no soy feliz con Luana, será mi propia culpa, no la de ella.

—¿No eres feliz? —se interesó Fedor.

—No dije eso. Sólo que... que no sé aún si la amo o no. No sé nada. Convivo con ella, no discutimos, no somos desgraciados...,

pero lo demás sigue sin ser seguro. Me pregunto si llegaré a estar enamorado de ella alguna vez. Y espero tener una respuesta sólida y definitiva a esa pregunta...

—En tus sentimientos, Brian, ¿no influye cualquier reacción de tipo... de tipo...? —y Marcel, por no herirle acaso, no terminó la frase.

—¿De tipo racial? —Brian le miró fijamente ahora. Negó despacio—. No, Marcel. No me importa lo más mínimo que Luana sea... de raza negra. Eso nunca sería un obstáculo para amarla..., si es que llego realmente a amarla en alguna ocasión...

Hubo un silencio entre los tres camaradas astronautas. Lo que Brian Baker acababa de manifestar, pareció terminar con los afanes de discusión de sus colegas francés y ruso.

Los tres astronautas se encaminaron a la cafetería del edificio central del Cosmódromo. Habían terminado de cambiar su atavío de experimentación y prácticas en las cámaras de ingravidez artificial, por los "monos" azules, celestes y límpidos, de su normal existencia dentro de la grandiosa base internacional. Sentían apetito tras el cotidiano y duro trabajo, encerrados durante seis largas horas en las instalaciones adecuadas a la preparación de astronautas. Como en cualquier rutinaria labor, era el momento de relajamiento, de reponer fuerzas y tomar una botella de cerveza como máximo, o un vaso de vino en su defecto, junto a la botella de agua mineral. Las rígidas normas internas no permitían beber más a ninguno de los miembros en activo del Cuerpo Seleccionado de Astronautas. Y muy especialmente, los adscritos al Proyecto Ulises. Dentro del Proyecto, la Expedición de Rescate Ícaro era la actualmente más controlada. Porque ellos eran los primeros en saltar al espacio. Ya estaba decidido. Y todos lo sabían en el Cosmódromo.

Ocuparon una mesa alejada, tras recoger las bandejas de sus alimentos. Todos ellos eligieron un vaso de vino en vez de la cerveza. Y la pequeña botella de agua mineral. La comida era nutritiva, bien calculada en cuanto a proteínas, vitaminas e hidratos de carbono, y también sana y abundante, sin que pudiese llegar a fatigar o a provocar una digestión pesada. Solamente tres horas más tarde, tras un descanso reparador en sus cabinas, volverían a practicar incansablemente hasta la hora de la cena frugal y el reposo nocturno.

Solamente tres días más tarde, estarían ya dentro del proyectil *Perseo*, en cuenta atrás. Y cinco fechas después, la nave espacial les proyectaría al Cosmos, en busca del Asteroide L3, o Lesbos3, conforme a la nomenclatura clásica griega adoptada por los dirigentes del programa espacial.

El Asteroide perdido.

Y con él, una tripulación de veinte seres humanos. Diez hombres y diez mujeres. Un pequeño, microscópico mundo artificial, lanzado al espacio meses atrás. Ahora, nada se sabía de él. Toda comunicación con L3 se había interrumpido, de modo definitivo al parecer.

Resultó imposible hasta entonces cuanto se hizo por reanudarla. La comunicación por radio o televisión era nula. Los teléfonos de vía espacial tampoco respondían. El silencio era absoluto.

Sin embargo, los detectores de tierra acusaban la existencia del Asteroide, fuera de órbita, pero sin desintegrarse ni perderse de modo definitivo. Su posición era variable, como si actuase con autonomía total o atraído por algún otro cuerpo, irregularmente. El Asteroide "estaba" allí, en alguna parte del Universo, del Sistema Solar. Sólo que su localización variaba constantemente. Y su hermetismo hacía presagiar lo peor: la muerte de su veintena de astronautas de ambos sexos. Y la avería total de sus sistemas de conexión con los controles remotos de la Tierra. Pero todo eso era simple deducción...

—¿Qué crees tú que habrá sucedido arriba?

Era Marcel quien hacía la pregunta, preocupado, tras terminar su ensalada y atacar el plato de carne. Brian enarcó las cejas, al sentirse interrogado. Tuvo un leve encogimiento de hombros.

—No sé —confesó—. Es un extraño suceso. Puede haber sucedido lo peor. O deberse todo a una avería mecánica, y estar los tripulantes sanos y salvos en su totalidad.

—A bordo existe suficiente provisión de aire respirable —señaló Fedor—. Y también medios de producir nuevo oxígeno. Y alimentos convencionales, concentrados, hidratos en tabletas... Medicamentos abundantes, medios técnicos... No, no es posible que les suceda nada, siempre que dentro del asteroide artificial no haya un fallo grave que afecte a la superficie externa, o a cualquier otra cuestión irremediable. El margen de riesgos era muy leve. No logro entender

qué sucedió a bordo, la verdad, para ese inexplicable silencio. Lo único lógico es que la tripulación esté toda ella sin vida. Pero ¿por qué? ¿Qué pudo causar el desastre, si es que hubo tal?

—No sé —confesó Marcel, pensativo—. Creo que será preciso esperar a hallarnos allí, para saber si, realmente, hubo un desastre o no.

—Es un difícil viaje —comentó Brian Baker—. El "cinturón de asteroides"... Me pregunto qué encontraremos allí, entre una lluvia constante de meteoritos, y un cerco de asteroides capaces de triturar nuestra nave a cualquier impacto...

—El nuevo sistema de seguridad de las naves espaciales, confío en que funcione a la perfección —opinó Fedor—. Dicen que logra repeler los meteoritos que van a hacer impacto directo, por medio de unas radiaciones especiales, que rechazan cualquier choque en el espacio...

—Es sólo experimental —se creyó obligado a decir Brian, ceñudo—. No hay seguridad ninguna, una vez metidos en el cinturón de asteroides de nuestro Sistema Solar. Será entonces cuando, realmente, se demostrará su eficacia... o su inutilidad.

—En suma: somos simples cobayas, en ese sentido —suspiró Fedor.

—Más o menos —convino, riendo, Marcel Dargent—. Lo que resulte de nuestro viaje, será decisivo. Bueno o malo..., pero decisivo, amigos míos."

—Y la respuesta estará en nuestro regreso a la Tierra... o en el viaje a la Eternidad —completó Brian, con cierto sentido del humor pese a su expresión seria—. Confortante, ¿no?

—Oh, mucho —rezongó el francés, apurando su copa de vino—. Me siento realmente optimista en cuanto a nuestra misión, amigos. ¿Y sabéis por qué?

—¿Por qué, Marcel? —sonrió el ruso.

—¡Porque si me sintiera pesimista, renunciaría a este trabajo y volvería a mi añorado París, enviando al diablo incluso a mi actual y querida Yvonne, y a mi propio hijo! —aulló malhumorado el astronauta galo, incorporándose, dando un golpe seco en la mesa, que hizo saltar los platos y vasos plásticos en la bandeja del servicio. Muchos otros comensales del gran recinto destinado al personal astronáutico del Cosmódromo Central se volvieron,

sorprendidos por su brusca reacción violenta.

Después de eso, Marcel Dargent se alejó, con paso rápido presuroso, centelleando el tejido plástico de su "mono" celeste, mientras se perdía en el mar de mesas, asientos y bandejas de alimentos del restaurante colectivo.

Se miraron el americano y el soviético, preocupados. Fue este último quien rompió el tenso silencio, fingiendo que no advertía las miradas curiosas en torno a su mesa:

—Nervios, ¿no, Brian?

—Sí, creo que sí —admitió el estadounidense—. Todos estamos algo nerviosos. Marcel es el que menos sabe controlarse. Al menos, fuera de su trabajo rutinario.

—En cierto modo, le comprendo.

—Yo también —suspiró Brian Baker—. Todos sufrimos una tensión irresistible, Fedor. Sólo deseo que la misión empiece pronto. Acaso allá arriba cambien las cosas. La responsabilidad frena a veces el nerviosismo.

—Sí, Brian —dijo el ruso—. También estoy deseando verme en el espacio. Pero, por otro lado, temo lo que podamos encontrar.

—¿Temer? ¿Tú? —se asombró Baker, mirándole perplejo.

—Es que..., ¿sabes? —Fedor Korev sacudió la cabeza, ensombrecido su gesto, habitualmente jovial, risueño—. Tengo un presentimiento. Y no me gustaría revelártelo. No es nada agradable, créeme...

Brian no respondió. Él también tenía sus propios presentimientos. Tampoco eran agradables ni optimistas. Pero, sin saber la razón, no quiso conocer el de su camarada ruso. En el fondo, repentinamente, casi sintió miedo de llegar a saberlo...

CAPITULO II

BRIAN Baker despertó en su sueño reparador, previo al lanzamiento.

Miró la esfera luminosa de su cambiante reloj digital de pulsera. Las cifras variaban rápidamente en los segundos y pausadamente en los minutos, sobre la esfera negra y gris, de forma estilizada.

Eran las tres de la madrugada. Y lo peor es que ahora no sentía sueño alguno. Como si algo, de repente, le hubiera desvelado.

Había tenido un sueño. Con Luana, con sus camaradas Fedor Korev y Marcel Dargent...

Pero no era sólo el sueño lo que le despejaba. Había algo más. Quizá sus propios nervios en tensión. Ocurría siempre que habían de saltar al espacio. Pero ahora con más motivo. Aquella misión le tenía preocupado. Y, como le sucedía a su compañero ruso, no sabía el porqué.

En teoría, todo era rutinario. Si algo había sucedido en el Lesbos3, no podía afectarles a ellos, como patrulla de rescate espacial. Pero aun así... eso era sólo teoría.

Encendió un cigarrillo. Se incorporó, y paseó por su cabina confortable dé astronauta en período de prelanzamiento, sobre el suelo muelle, esponjoso, suave. Se puso un poco de zumo de naranja del recipiente automático de bebidas. Quizá todo eso sirviera para que luego conciliara el sueño.

Y pensó.

Pensó en todo lo que estaba sucediendo. Y en lo que podía suceder...

Pensó en sus compañeros y sus propios problemas también. Marcel y su chica de París, ya medio olvidada... Yvonne era ahora la madre de su hijo. Como Anushka lo era de dos niños, desde que

se casó en el espacio con Fedor. Y él...

Él era el marido de una mujer de color. La Ciencia no entendía de prejuicios ni de razas. No le preocupaban los problemas sociales. A él tampoco. Sencillamente, había aceptado la boda cósmica con Luana, a bordo de una astronave alejada de la Tierra, porque así se había programado también. Todos debían de aceptar la programación de sus sentimientos, o darse de baja del Cuerpo de Astronautas de la Federación Mundial. Era lo legislado. El privilegio personal de cada uno.

Todos aceptaron. Fedor, Marcel... y él.

Luana tenía la piel de un color de bronce oscuro. No era demasiado intenso el color de su piel. Había mezcla de sangre en sus venas. Pero todo eso contaba poco para Brian. No era el matiz de una epidermis lo importante. Eran... los sentimientos.

No creía estar enamorado de Luana. No. Era sólo eso: programación previa, cibernética aplicada. Obligaciones de astronauta. Lo había aceptado todo. Era así la disciplina. De ahí a sentir amor, existía un abismo. Luana tampoco demostraba nada personal. Era joven y no falta de atractivos, ni mucho menos. Miembro del Cuerpo Femenino de Astronáutica de la División Eros. Sabía su obligación, incluso en el puro terreno biológico. No. La Ciencia no tenía sentimientos. De otro modo... no sería Ciencia.

Todo eso no le preocupaba hasta el punto de desvelarle. Era otra cosa. Algo diferente. Algo que no acababa de entender. Acaso fuera lo que decía Korev: miedo.

Miedo..., ¿a qué?

Al viaje espacial, a la Expedición de Rescate Ícaro... o a algo más indefinible que todo ello. Quizá a su destino, tan inmutable como las estrellas a las que dirigirían en sólo dos días más de plazo la proa estilizada y fantástica de su nave sideral.

Terminó su cigarrillo. Lo aplastó en un cenicero absorbente, que engulló y eliminó la punta de cigarrillo, purificando automáticamente el ambiente y borrando de él todo vestigio de aroma a tabaco quemado. Así funcionaban de asépticas las cosas en la Base Espacial.

Brian se tendió de nuevo en su lecho. Le pulsó un resorte vibratorio. La suave, estudiada trepidación del mueble, le facilitaría el sueño, venciendo todo nerviosismo. Y así fue.

Poco después, descansaba apaciblemente. Era otro de los progresos de la Ciencia del Siglo XXIII sobre la propia naturaleza del hombre y sus problemas humanos y psíquicos.

Que quizá no lo eran todo, a juicio de Brian Baker. Ni mucho menos. Pero que ayudaban en gran parte a combatir esas dificultades que nacen con el propio hombre. Y que el ambiente y la circunstancia aumentan, por regla general.

* * *

Todo estaba a punto para el gran salto.

Los seis astronautas de reunían por vez primera en aquel período previo de aislamiento y entrenamiento intensivo. Según los reglamentos, durante los diez días previos al lanzamiento de cualquier nave espacial con tripulación mixta, las parejas debían permanecer aisladas, separadas entre sí, para evitar que problemas emocionales íntimos pudiesen alterar el rígido programa preparatorio.

Sólo unas escasas horas antes del lanzamiento, y justamente una hora antes de ser conducidos a bordo de la cápsula o nave espacial de turno, se les permitía ya reunirse, en la antecámara de esterilización total y de prueba de los equipos espaciales adecuados.

Esta vez, la rutina no se alteró lo más mínimo. Era como si el salto al espacio no encerrase problema especial alguno. Pero ellos tres sabían que no era así. Y, al parecer, también sus compañeras —y esposas por imposición oficial—, estaban enteradas de que la misión no iba a ser puramente rutinaria, aunque estuvieran adaptando sus mentes a tal idea.

Se miraron los seis entre sí, apenas reunidos en la antecámara preparatoria. Dargent abrazó y besó a su esposa cálidamente, antes del proceso de esterilización total de sus cuerpos y equipos, para no trasladar organismo alguno, bacteria o microbio, a la zona exterior del espacio. Korev se limitó a un beso correcto y un apretón de manos con Anushka.

Solamente Brian y Luana permanecieron quietos, mirándose entre sí con fijeza. Ella, la mujer de cabello levemente rizoso, de piel bronce oscuro, de labios carnosos aunque suaves de trazo, y de formas agresivas y firmes, de mujer de color, se mantuvo algo rígida, sus oscuros ojos clavados en Baker. El apretó los labios y respiró con fuerza.

—Me alegra verte, querida —dijo, sin especial emoción en su voz.

—A mí también, Brian —respondió ella, escueta, sin que reflejase tampoco sentimiento alguno al decirlo.

—Espero que todo salga bien esta vez —continuó Brian.

—Saldrá bien —afirmó ella, con energía—. Estoy segura de ello.

—Te felicito —sonrió Brian con irónica expresión—. Yo también quisiera estarlo, Luana.

Después, pasaron por el inevitable proceso esterilizante. No cambiaron una palabra más entre sí. Por un sistema de televisión en circuito cerrado, Marcel e Yvonne se despidieron de su pequeño, y el ruso y su esposa de los dos niños que tenían. Sus imágenes se borraron pronto de la pantalla fluorescente, y hubo un difícil silencio en la recámara.

—Vamos —dijo Baker con cierta brusquedad, para romper cualquier instante emotivo, poco conveniente en aquel trance—. Se terminó todo eso. Ahora, a trabajar.

En silencio, los seis entraron en sus respectivas cabinas de esterilización. Salieron de ellas con trajes igualmente carentes de toda posible bacteria o microbio, utilizando un túnel plástico, como una larga y enorme oruga transparente, hacia la base de la rampa de lanzamiento. Ya no tendrían contacto alguno con la atmósfera, las cosas y la gente de la Tierra. Llegarían directamente a su nave cósmica, a través de una ruta donde no había gérmenes de ninguna especie, y el aire era aséptico y limpio por completo.

Dentro de la cápsula espacial, continuó la rutina. Era inevitable.

Se acomodaron en los respectivos asientos situados en semicírculo en torno a un amplio panel de control manual, regulado por minuciosas y complejas computadoras electrónicas, capaz de ser conducido indistintamente desde la Tierra o de forma autónoma, panel en cuya forma semicircular se veían hasta seis mandos, uno ante cada astronauta. El más mínimo fallo estaba previsto.

Tras ellos, el corto pasillo con cuatro cabinas: tres dormitorios dobles, de literas individuales superpuestas, y el almacén de provisiones e hidratos concentrados, así como botiquín, laboratorio electrónico y equipos de emergencia, todo en una pieza y rigurosamente revisado por los expertos. Todo en orden, todo fácil de manipular, con la mayor rapidez y en forma sencilla.

A bordo, nada faltaba ni nada sobraba. Las dimensiones de la nave eran relativamente pequeñas para seis personas, y eso resultaba obviamente incómodo, pero tampoco hubiera resultado práctico en absoluto una nave de rescate y ayuda de mayores dimensiones. Después de todo, sus posibles incomodidades no superaban en absoluto a las de un submarino, puesto por caso comparativo.

Y para contrarrestar esas adversas condiciones, allí estaba el gran visor frontal, de una materia plástica indestructible a la fricción, a cualquier temperatura o choque violento, que permitía disfrutar de una fabulosa panorámica celeste cuando la nave sobrevolaba la Tierra y la Luna y partía hacia otros mundos del Sistema Solar o hacia zonas de asteroides artificiales, situados como auténticas estaciones intermedias entre el planeta terrestre y los vuelos cósmicos a Marte, Venus, Júpiter o Saturno. E incluso en el lanzamiento de naves no tripuladas, puramente científicas, hacia las estrellas.

Aquel gran visor o ventanal semicircular, situado frente a los seis astronautas mixtos, era como la gran ventana del hombre hacia los espacios. Como la pantalla mágica y tridimensional que penetraba hasta los confines más bellos y remotos de la Creación.

Se miraron entre sí los seis astronautas. Sabían que la cuenta atrás actuaba matemática, fríamente. En la pantalla del computador-controlador de a bordo, que regía virtualmente el funcionamiento de todos los demás mecanismos complejos de la nave, aparecieron cifras verdes, cambiando con celeridad. Cuando se tornaran rojas en aquella pantalla fluorescente, marcarían la última hora de la cuenta atrás, desde el segundo tres mil seiscientos, hasta el segundo cero, exactamente.

Sería el momento de iniciar el gran brinco al Cosmos. Más allá de la tierra firme y de la seguridad de cada día. Hacia su destino de cosmonautas, elegido por ellos mismos.

Hacia un asteroide artificial terrestre que no respondía a las llamadas, que no actuaba conforme a lo programado, que no estaba cumpliendo su misión, y de cuyos ocupantes y su suerte nada sabían aún. El Asteroide L3. Su punto de destino…

* * *

Uña llamarada rugiente lanzó al *Perseo* hacia el espacio.

La Expedición de Rescate Ícaro se ponía en marcha. Veinte vidas humanas, abandonadas a su suerte en el gran vacío estelar precisaban de su ayuda.

Simultáneamente, ellos lo sabían, su vida en común, casi doméstica, de marido y mujer, a bordo de una angosta nave espacial, servía de campo de experimentación biológica, psicológica y humana a los científicos del Cuerpo Astronáutico de la Federación Mundial.

El ser humano era, en el fondo, un poco conejillo de Indias en manos de los investigadores. Pero nadie podía quejarse por ello. El único objetivo de esa investigación minuciosa, exhaustiva, a veces indiscreta, era mejorar precisamente las condiciones de vida del propio hombre en su nuevo elemento dominado: el vacío cósmico.

Y bien estaba lo que para el bien común podía repercutir, a costa de propios sacrificios. Eran la Ciencia y la Técnica aliadas para humanizarse, quizá, un poco…

Perseo cubrió sin novedad sus fases de despegue, desprendimiento del sistema propulsor inicial, y situación orbital correspondiente para luego emanciparse de toda atracción terrestre y viajar hacia los astros. Emprender la ruta en dirección a la zona espacial, perfectamente definida y controlada desde la Tierra, donde el Lesbos3 había dejado de comportarse con normalidad.

Finalmente, Brian Baker, comandante de vuelo y autoridad máxima a bordo, comunicó a sus compañeros de viaje, tras la lectura del informe electrónico emitido por la computadora general de a bordo:

—Todo correcto. Viaje normal. Estamos en camino hacia el Asteroide L3, amigos míos… Pueden desprenderse de sus trajes de presión y de cuanto constituye la seguridad personal de cada uno en la etapa previa. Ya viajamos por el espacio como lo podríamos hacer por las profundidades del mar. Sin problemas, y con perfecto funcionamiento general de todos los mecanismos.

Eso era como un relax para todos los astronautas. Era empezar bien la aventura. Sin problemas ni dificultades, siempre posible en esa clase de viajes.

Pero lo que nadie sabía es cómo podría terminar lo que tan halagüeñamente se iniciaba para los seis.

Eso pertenecía a su futuro. Y su futuro estaba allí delante, más

allá de cuanto les rodeaba, en la panorámica negra y profunda de su gran visor semicircular: en la negrura eterna e infinita de los espacios siderales.

En un punto insignificante, metálico, artificial, situado por el hombre como un asteroide más de la Creación: el L3...

—Uf, siempre me irritan esos minutos iniciales —comentó Marcel Dargent, desperezándose tras dejar su indumento reducido al ligerísimo, cómodo y confortable atavío espacial de materia sintética, elástica y suave, que formaba sus uniformes espaciales, herméticos a toda posible dificultad exterior. El suyo era azul, amarillo el de Fedor, y rojo el de Brian Baker. Cada muchacha, a su vez, repetía el color de su esposo, en tono algo más suave, y con un distintivo que, al utilizar escafandras que cubrieran sus cabezas, permitiese identificarlas en cualquier lugar: una letra F sobre el pecho, fluorescente lo mismo a la claridad que en la sombra (1).

(1) *Equivalente a la letra H (hembra del español). En inglés*, male *es varón,* y female, *hembra. De ahí la utilización de la inicial F para las hembras.*

—En el espacio, todo puede ser irritante. O maravilloso —respondió Fedor Korev, absorto contemplando la gran visión celeste desde el asiento de mandos—. Su grandiosidad me apabulla.

—Creo que eso nos sucede a todos, Fedor —sonrió Brian, frotándose el mentón con aire pensativo. Comprobó una serie de cifras y datos computados sobre una de las doce pequeñas y nítidas pantallas de televisión de que constaba la máquina electrónica de control—. Todo perfecto. Ni un fallo, ni un error.

—Tenemos que intentar desde aquí la comunicación con el Asteroide —le recordó Dargent—. Por si las radiaciones terrestres o el magnetismo pudieron dificultar la comunicación con L3.

—Sí, ya lo sé. Esperemos unos minutos más, a estar alejados de toda posible interferencia terrestre o lunar, para intentarlo. Eso nos dará una mayor seguridad en el resultado. No conviene gastar energías excesivas mientras no sepamos lo que nos espera... y lo que va a durar este vuelo de rescate.

—¿Estás preocupado, Brian? —le preguntó Fedor, pensativo.

—Sí, un poco —admitió él—. No por nosotros, sino por... el Asteroide L3.

—El asteroide... —suspiró Marcel—. Creo que es la

preocupación de todos nosotros, Brian. Quisiera saber lo que sucede en él. Todos quisiéramos saberlo, en realidad. Es posible que la respuesta esté más cerca de lo que imaginamos.

—Es posible. Quizá todo obedezca a una simple avería a bordo —señaló pensativamente Anushka, la esposa ucraniana de Fedor Korev.

—La avería resulta extraña —indicó Baker, arrugando el ceño—. No responde a ninguna señal o llamada. Tal vez tenga inutilizado el sistema de emisión o el de recepción. O ambos a la vez. Por otro lado, está ese movimiento autónomo suyo, sin sujeción a ningún control remoto. También parece haber perdido la conexión de controles con las estaciones de seguimiento espacial y con la central astronáutica de la Federación Mundial. Su órbita es variable, como si existiera un cuerpo extraño, de mayor volumen y poder gravitatorio, que influyese en sus movimientos.

—Demasiadas averías al mismo tiempo, ¿no crees? —opinó Fedor.

—Es posible que una explosión a bordo o un destrozo inexplicable en los sistemas de mando y control de la nave, haya causado ese caos. Pero no sabremos nada hasta llegar al asteroide. Mientras tanto, todo se limitará forzosamente a simples cábalas.

—De modo que, según eso, valdrá más esperar hasta que vislumbremos el cuerpo azul oscuro del Asteroide L3 —señaló serenamente Marcel Dargent, con un suspiro.

—Sí —convino Brian—. Será lo mejor. Cuando Marte quede atrás, y alcancemos el Cinturón de Asteroides naturales de nuestro Sistema Solar, será el momento de empezar a acercarse al Asteroide L3. Después... sólo Dios sabe lo que allí podamos encontrar. Lo único que espero, es que todo temor sea infundado, y la veintena de miembros de la tripulación de ambos sexos que mora a bordo esté sin novedad alguna, esperando sólo nuestro socorro y asistencia. Y, por supuesto, el regreso a la Tierra en las mejores condiciones posibles, aunque haya que destruir el Asteroide de modo definitivo. Cuando menos, ésas son las instrucciones recibidas.

—Veinte personas no podrían ser alojadas a bordo del *Perseo*, Brian —opinó Marcel, ceñudo.

—Claro que no. Pero existen las naves de emergencia a bordo del asteroide. Son aerobólidos con capacidad para cinco personas

cada uno, y hay seis a bordo, en previsión de averías o fallos de cualquier tipo. De modo que, según eso, no es factible que todas fallen o no puedan ser separadas en su mayoría. Sólo con tres de ellas, nos bastaría, para acomodar a la totalidad de la tripulación, en caso de apuro. E incluso con dos, dando cabida aquí a los que sobraran, al tiempo que allí eran acomodados unos ocho tripulantes por nave. No habría peligro en ei retorno ni aun en ese caso.

—Conforme. Lo ves con mucho optimismo —suspiró Fedor Korev—. Ojalá todo sea tan sencillo y tan factible, cuando avistemos ese asteroide azul hecho por el hombre, donde algo tan misterioso parece haber sucedido…

CAPITULO III

EL asteroide azul.

Estaba allí. Frente a ellos, flotando en el negro celeste. Con su singular luminiscencia, que la luz frontal de la nave *Perseo* hacía aún más visible en el oscuro vacío cósmico.

Más allá, miríadas de chispas, luces vertiginosas, centelleos fugaces, señalaban la presencia del temido "cinturón de asteroides". Y en la distancia, muy en la distancia, a millones y millones de millas de travesía espacial, el gigante de franjas misteriosas de luz y de gas: Júpiter...

Cosa curiosa. En el plano espacial graduado, que se veía luminoso sobre el panel de instrumentos, la trayectoria orbital y los movimientos del Asteroide L3, no correspondían ni a la tracción de Júpiter, ni a la de Marte, mucho más próximo a la forma construida por el ingenio humano, en remedio de la propia naturaleza.

—Lesbos3 —dijo Baker—. Ya estamos llegando, amigos...

Asintieron Fedor y Marcel. Las mujeres contemplaban fascinadas aquella gran esfera azul, de casi cien metros de diámetro, flotando en el negro vacío, con el Universo por fondo impresionante y sin límites.

El asteroide azul, el cuerpo esférico de metal, creación de la ciencia humana, era como un imán fantástico, atrayéndoles paulatinamente. Brian adaptó los mandos a la trayectoria programada por la nave. Se fueron aproximando al cuerpo artificial del espacio.

—¿Y después? —preguntó con voz grave Marcel—. Se supone que ellos deben controlar a cualquier nave que se aproxime, haciéndola entrar en la cámara de estacionamiento interior. Si no están en condiciones de ayudarnos, ¿qué sucederá con eso?

—Utilizaremos las ventosas adherentes de nuestra nave —explicó Baker—. Y luego intentaremos abrir la puerta de emergencia exterior, si nadie la manipula desde dentro, por medio de nuestro accionador electrónico, que puede desconectar los circuitos y permitir la apertura de cualquier cierre de ese tipo, como los posee exterior e interiormente el Asteroide. Llevamos aquí un minucioso plano interior del mismo, con todo detalle práctico bien consignado, para que no haya errores. No podemos fallar.

—Pero... ¿qué nos espera adentro? —indagó Luana, preocupada.

Brian se volvió a su esposa. Contempló pensativamente sus oscuros ojos, su piel broncínea, sus facciones de mestiza, realmente hermosas y correctísimas. La mezcla de razas había contribuido a darle a Luana Baker una belleza fuera de serie, exótica y caliente.

—Eso, querida..., sólo una vez en su interior lo sabremos —manifestó Brian.

La maniobra de aproximación, con los sistemas de propulsión autónoma de la nave puestos en marcha para evitar un choque por simple poder de gravitación, la fueron realizando simultáneamente Brian y Fedor, ambos sobre los mandos, mientras Marcel se ocupaba de la lectura de datos computados, en las pantallas visoras del gran cerebro electrónico, y las mujeres cuidaban de preparar los equipos para salir fuera de la nave *Perseo*.

Equipos consistentes en livianos trajes espaciales contra la presión, la antigravedad y la ausencia de posible aire respirable. También antitérmicos, y dotados de circuitos de intercomunicación sonora. El equipo de exploración se complementaba con alimentos deshidratados, vitaminas y proteínas comprimidas, agua en hidratos concentrados, algunas medicinas, luces... y armas.

Armas también.

No sabían lo que podía esperarles dentro del L3, y toda precaución era poca. No les faltaba detalle alguno para la aventura de auxilio o rescate del asteroide misterioso.

Yvonne comunicó con la Tierra, a través de la radio. Su informe escueto, técnico, fue completo. En la estación central de seguimiento espacial, ya sabían ahora que estaban a la vista del Asteroide L3, que exteriormente éste no ofrecía ningún indicio anormal, y que en los siguientes minutos, iba a empezar el abordaje cósmico.

—Todo a punto —señaló con frialdad Baker—. ¿Preparados todos? . —Preparados, Brian —asintió Luana.

—Bien, id tomando el equipo. Vestíos, y estad dispuestos a salir. Inicialmente, sólo dos personas de a bordo saldrán para visitar el asteroide;

—¿Dos? —se alarmó Marcel—. ¿Quiénes? Quiero ser uno de esos dos, Brian.

—También yo —se ofreció Fedor.

—Dije que solamente serían dos. Y yo soy uno de ellos, como comandante de la nave. Me acompañará uno de vosotros solamente.

—¿Y el otro?

—El otro se quedará aquí con las chicas, a la espera de acontecimientos.

—¿De modo que nosotras no salimos del *Perseo*? —se desilusionó Anushka.

—Por el momento, no. Pero posiblemente sea preciso que lo hagáis más tarde. Permaneced aquí. No podemos correr todos el mismo peligro. Dividiendo las fuerzas, todo será más seguro y ordenado, estoy seguro.

—Bien, Baker. Tú mandas en esto —aceptó Fedor—. Pero que todo resulte, amigo mío. Por el bien de todos...

—Soy el primer interesado en ello. Como hombre, como astronauta... y como vuestro jefe —sonrió Brian, estudiando con ojos pensativos, profundos y serios, la forma del asteroide azul que se agigantaba ante ellos por momentos, como un gran globo celeste en un cielo que nunca fue azul, sino negro, intensa e increíblemente negro y tenebroso, como los mares de la Antigüedad para los argonautas de otros tiempos remotos...

* * *

Los succionadores actuaron perfectamente. Las grandes lapas mecánicas del *Perseo* se adhirieron a. la superficie azul. La astronave se amoldó perfectamente a la esfera metálica, curvada, convexa ante ellos. Se inmovilizó totalmente el *Perseo*.

Fedor Korev manipulaba con perfección mecánica y fría los resortes a distancia del sistema de succión y adherencia de la nave. Era un hombre experto en todo lo tecnológico, y el manejo de los complejos sistemas mecánicos de a bordo, no ofrecía para él ni el menor secreto.

—Ya está, Brian —dijo escuetamente—. Cuando queráis, podéis salir de la nave.

Lo dijo con su tono sereno y frío de buen profesional. Pero no podía ocultar su decepción por no formar parte del grupo expedicionario formado por los dos hombres: Brian Baker, como jefe de la expedición de rescate, y Marcel Dargent, elegido por puro azar, en un rápido sorteo entre ambos.

—Entiendo lo que sientes —dijo Brian, mirando a Fedor fijamente—. Pero no debes lamentarlo. Tendrás ocasión de abandonar la caparazón de nuestra vivienda espacial, no lo dudes. Mientras tanto, debo decir que el azar ha elegido quizá con más sensatez de la que nosotros hubiéramos empleado en la elección.

—¿Por qué, Brian? —se interesó el ruso.

—Muy sencillo. De los tres, eres el mejor manejando los mandos y controles. La técnica es tu fuerte. A bordo, puedes sernos tremendamente útil a todos, si las cosas se ponen feas por alguna razón que no alcanzo a precisar, pero que podría muy bien existir.

—Dijiste que si algo desesperado ocurriese a bordo...

—No dudes en despegar la nave del asteroide, y alejarte con ellas de aquí —precisó secamente Brian.

—Pero eso significaría quizá abandonaros a una suerte llena de riesgos... —señaló con alarma Yvonne, desde el emisor-receptor de radio y televisión, en contacto directo con el planeta Tierra y las estaciones seguidoras espaciales.

—Quizá —sonrió Baker—. Eso resultaría mejor que no arrostrar "todos" el mismo riesgo, estérilmente.

—Si crees que es lo mejor, Brian... —dudó Fedor Korev.

—Es lo mejor, amigo mío. Y es una orden, no lo olvides.

—Sí, lo entiendo —el ruso sacudió la cabeza—. Sólo por eso tendría que obedecerla... y espero que no sea preciso llegar a ello.

—Yo también lo espero —se amplió la sonrisa del americano—. Por mi propio bien, por el de la Expedición de Rescate Ícaro... y, sobre todo, también por esos veinte seres humanos que nos esperan ahí adentro, quizá en graves apuros. ¿Dispuesto, Marcel?

—Dispuesto, Brian —asintió el francés.

—Entonces, en marcha. Pasa a la cámara de descompresión y salida. Yo te sigo. Y, sobre todo, no olvides llevar tu arma...

Marcel asintió, tomando su pistola eléctrica, de largo cañón

especial, adaptado a la naturaleza destructora de los formidables proyectiles de su cargador.

Contempló el arma, en tanto Brian tomaba la suya propia y la enfundaba. Ambos hombres se miraron, a través de las escafandras plásticas y livianas. Su sistema fonético funcionó a la perfección, en el tono audible que los adaptadores seleccionaban automáticamente.

—Un arma... —murmuró Marcel—, Espero no tenerla que utilizar.

—Tampoco yo —convino Brian—. Pero conviene llevarla. Y emplearla sin vacilar, si nos obligan a ello.

—Pero si nos obliga... ¿qué o quién?

—Ah... —Brian Baker se encogió de hombros, enigmáticamente —. Si pudiera responderte a eso, amigo Marcel...

Y no añadió más. Dargent se metió en la cámara de descompresión, esterilización y disparo al exterior. Baker le siguió.

Iban a dirigirse al asteroide azul, al enigmático y silencioso L3 del magno Proyecto Ulyses.

Los tubos neumáticos de las ventosas adherentes, les condujeron hasta la superficie misma del artificioso cuerpo celeste. Luego, por una escotilla lateral, salieron a la superficie.

Sus propias ventosas particulares, unidas a la superficie externa de sus trajes espaciales, les permitieron mantenerse adheridos a la esfera gigantesca de metal azulado. Buscando parsimoniosamente, sin prisas, sin precipitaciones funestas, las escotillas de cerraduras electrónicas, de acceso al interior del hueco cuerpo cósmico lanzado a los espacios por los hombres de la Tierra.

Al fin, dieron con ellas. Eran dos formas ovaladas, con remaches, sobre la superficie convexa de metal liviano y resistente. Las señaló a Marcel, que se agitaba en el vacío absoluto, junto a él, como otro cuerpo luminoso, de rutilante atavío plástico, en la negrura fantástica del Cosmos.

Sus instrumentos cibernéticos trabajaban sobre los sistemas de seguridad y cierre. Momentos más tarde, silenciosamente, deslizábanse los paneles de metal, en medio de un leve susurro simplemente.

El interior del Asteroide Lesbos3 estaba a su merced. Ante ellos. Invitándoles con una doble boca de entrada, oscura y enigmática.

Se miraron ambos de nuevo. Se sonrieron, con firme determinación. Luego, se decidieron simultáneamente.

Y entraron en el asteroide de metal.

Sus compañeros de la nave, que en dos de los casos eran sus propias esposas, les vieron desde el gran visor frontal y desde las pantallas de televisión, en aquel trance decisivo y, acaso, erizado de incógnitos peligros.

La morena Luana y la dulce Yvonne se miraron en silencio. Fedor apretó la mano de Anushka instintivamente.

Todos esperaron lo mejor de aquella exploración inicial en el misterio.

Pero la respuesta era un enigma. Y ellos dos, Brian Baker y Marcel Dargent, ya habían desaparecido, dentro del L3...

* * *

Conocían de antemano cada recoveco, cada rincón de aquella nave flotante en el espacio.

Planos y maquetas, minuciosamente estudiados previamente al viaje de rescate o auxilio, les hacían identificar cada corredor, cada galería, escalera, paso o cabina, con absoluta seguridad, sabiendo siempre dónde se hallaban.

La Federación Mundial nunca dejaba nada al azar. Su misión era demasiado importante y podía resultar tremendamente decisiva para sus propias vidas y las ajenas. No se podía pensar en perder el tiempo bajo pretexto alguno. Cada minuto en el espacio exterior, lejos de la Tierra, y sometido a todos los peligros del Cosmos, era de un valor incalculable para consumirlo estérilmente. Conocer a fondo el terreno que se pisaba en todo momento podía ser fundamental para el éxito final de la expedición.

Dé" ese modo, apenas se encontraron dentro del luminoso, aséptico recinto del Asteroide Lesbos3, tanto Brian como Marcel supieron hacia dónde caminar, en busca del núcleo central, o zona de habitabilidad del cuerpo artificial situado en el espacio, como estación intermedia para los vuelos siderales Marte-Júpiter, en un futuro inmediato.

—Será mejor dividirnos —habló Brian secamente, mirando en torno—. Es raro este silencio, esta quietud. Se supone que el circuito cerrado de televisión tendría que estar en funcionamiento, que alguien debería haber salido a recibirnos, y ocuparse

debidamente de nosotros.

—No me gusta esto, Brian —comentó Marcel, preocupado.

—No. A mí tampoco, Marcel. Pero no se puede retroceder. Hemos de llegar hasta el final, sea cual sea. Informa a la nave de lo que estamos viendo. Conviene estar en permanente contacto con ellos.

—¿Será prudente separarnos, Brian? —dudó el francés.

—No lo sé. Pero hemos de correr el riesgo. Unidos, tardaríamos demasiado en revisarlo todo. Yo me ocupo del hemisferio norte de la esfera. Tú, del sur. Toma esa escalera, y desciende al hemisferio inferior. Ya sabes que cada uno tiene una coloración diferente de muros y suelos, para diferenciar el hemisferio superior del inferior, o el Norte del Sur, sin necesidad de instrumental especial. El sector norte o superior, donde ahora nos encontramos, tiene coloración azul en la fibra de vidrio de los muros y suelos. El inferior o sur, es rosado. Nos reuniremos en el Núcleo Plateado, o Centro de Habitabilidad y Control de este asteroide. Pongamos... ′ —consultó su reloj especial, dotado de numerosos mecanismos medidores, e incluso de una diminuta, microscópica radio de emergencia, para cortas distancias—. Pongamos que, dentro de media hora, estaremos en ese núcleo ambos. No más tarde, Marcel. Si así no sucede, es que algo nos habrá sucedido a uno u otro... o a ambos a la vez. Comprueba tu hora.

—Comprobada. Idéntico horario, Brian —suspiró Dargent—. Hasta pronto. Y cuidado.

—Lo mismo te digo, amigo —sonrió Baker—. No te fíes de nada. Es posible que sólo encontremos desolación aquí dentro, si les falló el aire respirable o cualquier otra cosa. Pero también podría suceder cualquier imprevisto. El espacio es una eterna incógnita. He visto enloquecer a astronautas expertos, Marcel. Y eran como ñeras que no reconocían a nadie...

—Lo tendré en cuenta —le guiñó un ojo, muy al estilo *boulevardier*, antes de darle la espalda y partir hacia su propio camino, rumbo al sector rosado de la esfera cósmica.

Brian sonrió, iniciando su propio camino sin pérdida de tiempo. Arma en mano, y oído y vista bien atentos a cualquier novedad.

Los dos astronautas de la Expedición de Rescate Icaro, se fueron separando paulatinamente, en un giro opuesto que,

indefectiblemente, y dado su conocimiento exacto de la topografía que estaban recorriendo, iría a dar con ellos en un mismo punto: el Núcleo Plateado, o Centro Vital del L3.

Allí, tal vez, estuviera la clave de todo. De aquel silencio, de aquel mutismo, de aquella soledad, de aquella falta de datos o de informes sobre la marcha de la experiencia científica del asteroide metálico.

Allí... o en cualquier otra parte. A la vuelta de cualquier recodo, en el laberinto lineal, frío, funcional y luminoso, de aquel mundo artificioso, creado por el hombre, con su envoltura de metal liviano, incandescente, y su interior de fibras sintéticas, digno de un fantástico mundo funcional y tecnológico, donde las vidas humanas parecían significar muy poco o nada.

Pero, todavía, no habla empresa capaz de llevarse a cabo con máquinas perfectas y minuciosas, sin que la mano de la criatura humana, su intelecto y sus impulsos personales, no estuvieran por medio para llegar hasta el éxito total.

Sólo que... ¿"dónde" estaban, dentro del Asteroide L3, sus veinte ocupantes? ¿Qué les había sucedido?

Eran las dos grandes incógnitas que pretendían resolver Brian Baker y Marcel Dargent, en su recorrido por aquel mundo artificial, suspendido por el hombre en el negro espacio cósmico.

Esperaban dar buen fin a su misión. Temían algo, sin embargo, sin saber lo que pudiera ser.

Pero en modo alguno imaginaron la alucinante pesadilla que les aguardaba, dentro del aparentemente dormido y silente Asteroide L3, el mundo azul de metal.

CAPITULO IV

BRIAN Baker examinó la larga recta extensión de muros azulados, de luminosidad suave, permanente, **casi** fría, surgiendo de puntos invisibles de cada panel.

Todo continuaba igual. Estaba llegando al núcleo central de aquella esfera compuesta de una laberíntica sucesión de corredores, escaleras y rampas, de piscinas de algas generadoras de oxígeno, de grandes naves destinadas a laboratorio, de amplios centros de observación desde los cuales era visible el inmenso Cosmos, negro y centelleante a la vez, más allá de las vidrieras asomadas al vacío.

Ahora examinó críticamente aquel corredor ascendente, en rampa pronunciada, que conducía al acceso a las cámaras de hibernación para emergencia, salas de control y observación orbital, comunicaciones y cuanto dependía de la tripulación del L3, para no perder el contacto con la Tierra ni el dominio de la gran forma flotante donde residían.

Todo continuaba igual. Silencio, quietud, ausencia de seres humanos...

—¿Dónde están esos veinte seres? —se preguntó el americano, perplejo—. Todos no deberían permanecer en

el núcleo, a menos que ocurra algo anormal fuera del mismo. Y nada parece indicarlo realmente...

Ni rastro de ser viviente alguno. Ni una voz, ni una señal, ni una huella de violencia tampoco. Sencillamente... nada.

Y eso, quizá, era lo más inquietante de todo.

Puntos clave del asteroide habían sido abandonados. No había vigías ni controladores ni guardias adecuadas en los lugares estratégicos de a bordo. Se preguntó si, realmente, quedaba alguien en el asteroide artificial, o un desconocido enigma había desolado el

cuerpo metálico, dejándolo enteramente vacío.

Sin embargo, y eso era lo más extraño, todo a bordo parecía perfectamente normal. Todo parecía en orden.

¿Dónde estaba la falsa impresión de todo ello?

¿Qué le esperaba en el núcleo central del asteroide?

Avanzó, decidido, rampa arriba. Si todo iba bien, por otro corredor gemelo, pero de color rosado y no azul, estaría ahora Marcel Dargent encaminándose al mismo punto. Habían transcurrido solamente veinte minutos del tiempo fijado. Pese **a** las considerables y complejas dimensiones del asteroide, todo había sido recorrido con rapidez, dada la ausencia de problemas u obstáculos.

Ahora... ¿qué iba a seguir?

La respuesta era inmediata. Estaba allí. En aquella puerta metálica, deslizante, color plata, que era el acceso al Núcleo Plateado, compuesto por una miniesfera dentro de otra, centro del asteroide, y recinto esférico de unos veinte metros de longitud total de diámetro. En la bola de plata, latía el corazón de aquel cuerpo redondo de metal azul, suspendido en el equilibrio' grandioso de los espacios. Y esperaba que, también, latiesen aún veinte corazones humanos allí dentro: diez de hombre y diez de mujer.

Llegó ante la puerta deslizante. Le aplicó su llave electromagnética, que hizo funcionar el resorte de apertura. Silenciosa, suavemente, la hoja de metal plateado se deslizó en el muro convexo, dejando paso libre al interior del núcleo.

Brian Baker oprimió con mayor fuerza el arma. Dio un paso adelante. Y otro, y otro más.

Parpadeó ante él una luz en el muro, iluminando un rótulo indicador:

CONTROLES E HIBERNACIÓN DÉ EMERGENCIA

La flecha señalaba a su derecha a una especie de rampa en tobogán lento, pausado, fácil de recorrer, agazapado sobre la banda en movimiento. Brian se dejó llevar, bajo la curva bóveda plateada del Núcleo.

Desfiló ante una serie compleja y vastísima de ordenadores electrónicos, pantallas múltiples de televisión en color y relieve, y todo cuanto constituía el auténtico corazón cibernético de un cuerpo espacial tan difícil de manipular como el Asteroide L3.

Todo en funcionamiento constante, lo mismo que los grandes tableros de luces cambiantes e intermitentes, parpadeando sin parar en los muros. El zumbido de los sistemas electrónicos era constante. Pero nadie se veía en torno. El contraste entre una actividad sorda y la ausencia de vida humana y movimiento real, era todavía más intenso así.

Dejó atrás la zona de ordenadores y computadoras. Llegó ante una doble hilera, formada por veinte lechos encerrados en tubos plásticos. Un luminoso señalaba:

"HIBERNACIÓN AUTOMÁTICA.

TEMPERATURA MÍNIMA: 220 CENTÍGRADOS BAJO CERO."

Era la vida en suspensión, el frío vital que conservaba los cuerpos en una situación de emergencia. Muerte aparente, prolongada por todo el tiempo que durase la hibernación.

Brian Baker se acercó a los lechos hibenéticos. Se quedó sorprendido. ¡La mitad de los mismos estaba ocupada! Había "diez" cuerpos hibernando, a su derecha... y diez cámaras vacías a su izquierda.

Miró con mayor atención los rígidos rostros azulados, a través del denso vaho acumulado en la envoltura de curvo vidrio sintético. Descubrió algo raro. Peculiar. Miró una y otra urna, para confirmar lo que había creído advertir en las tres primeras.

Sintió un escalofrío. Aquello era extraño, insólito.

Uno tras otro, hasta diez cuerpos en hibernación. Congelados. En vida suspendida. Pero no era eso lo peor.

Lo realmente terrible es lo que sus ojos descubrieron en el indicador de temperatura de cada una de las diez cápsulas plásticas. ¡En ninguna la temperatura interior podía ser inferior a 220 grados centígrados bajo cero!

Y, sin embargo..., ¡ninguna de ellas alcanzaba ahora ni siquiera los ocho o diez grados bajo cero!

Eso significaba que cada uno de los diez cuerpos humanos allí encerrados...

—Dios mío... —jadeó Brian Baker, alucinado—. No es posible... Los diez... ¡Los diez han pasado del estado de hibernación al de una temperatura en la que la carne humana SE DESCOMPONE! Todos ellos..., ¡todos están ahora MUERTOS..., PUTREFACTOS incluso...!

Retrocedió, angustiado, lleno de horror, ante la hilera dantesca

de seis cadáveres humanos en sus cabinas de hibernación. Seis cuerpos corrompidos por la elevada temperatura que había roto el equilibrio de la vida hibernética...

Al mismo tiempo, allá, en alguna parte del asteroide, hubo un agudo, prolongado grito de horror... ¡y un arma eléctrica restalló con tremenda furia, provocando un estampido agrio y retumbante!

—¡Marcel! —aulló, corriendo a través de los amplios recintos abovedados del Núcleo Plateado—. ¡Marcel! ¿Qué es lo que sucede...?

* * *

Era sólo un presentimiento.

Un presentimiento sutil, pero suficientemente profundo para inquietarle. Hubiera querido saber qué temía, qué presagiaba. Lo que ello fuese, se le escapaba como el agua entre los dedos cuando se desea aferraría.

Marcel Dargent, sin embargo, estaba seguro de que algo siniestro sucedía a bordo de la gran pieza terrestre, situada en órbita solar, como un planetoide más, allá entre Marte y Júpiter, como intermedia estación sideral entre ambos planetas para las futuras exploraciones del Cosmos, reducido, cuando menos, a Sistema Solar, en tanto el hombre se preparaba para el gran salto hacia las estrellas.

Marcel se movía con celeridad, porque en el fondo, nada nuevo había que ver. Era como pasar la vista sobre el minucioso plano o la fiel maqueta del interior del asteroide, plano y maqueta que se conocía absolutamente de memoria, sin el menor error posible.

Ya no quedaba virtualmente nada por explorar: salas de recreo, de lectura, de grabación, almacenamiento de provisiones, piscinas de algas generadoras de oxígeno, bajo las lámparas especiales de germinación, corredores, más corredores, cabinas y compartimentos de experimentación, laboratorios, computadoras...

Todo en funcionamiento, como una colosal y compleja máquina que se movía por sí sola, una vez puesta en marcha, sin necesidad de un solo dedo humano sobre sus teclados fantásticos y sus juegos de luces y de zumbidos, sobre los tambores gigantescos de las grabadoras de la "memoria" electrónica, sobre las pantallas de televisión destinadas al circuito cerrado de control o a la computación de complejas operaciones matemáticas y

astronáuticas.

Todo en marcha. Todo correcto. Todo... menos la presencia humana.

¿Dónde estaban todos? Hombres, mujeres, parejas espaciales de cosmonautas... Parecían haber sido absorbidos por vientos cósmicos capaces de desintegrarles, sin dejar de ellos la más leve huella.

El misterio, sin embargo, estaba dentro del asteroide. La explicación estaba "allí". De eso, Dargent se sentía seguro, a medida que se acercaba al único punto inexplorado, al que también Brian Baker, si no había novedad, se estaría aproximando ahora por la Zona Celeste, mientras él lo hacía por la Zona Rosada, los dos hemisferios del Asteroide L3.

El presentimiento crecía en grado.

Su preocupación era ya inquietud. Casi temor. Pero temor... ¿a qué? ¿A quién?

La rampa que conducía hacia el Núcleo Plateado, se mostró ante él con su rosada luminosidad ambiental. A ambos lados, dos corredores circulares, como cilindros prolongados, luminosos, iban a parar al casco externo del asteroide. Eran conductos de emergencia, para una posible evasión del Asteroide L3.

Marcel no había pensado aún en evadirse de él. Ni creía que Brian lo hiciera. De modo que avanzó, sin prestar demasiada atención a ambos conductos laterales.

Eso fue un error.

Repentinamente, la horda dorada apareció ante él. Le cercó.

Surgieron varios personajes de cada conducto. Todos ellos con atavío espacial. Pero sin nomenclatura obligada en sus trajes, sin nada que permitiera identificarlos. Y, además, con una especie de escafandras o caperuzas plásticas doradas, translúcidas pero no transparentes, que sólo permitían adivinar la presencia de facciones humanas detrás, sin que fuese posible su identificación en absoluto.

—¿Eh? ¿Qué significa...? —comenzó, aturdido, contemplando a aquellos seres de sorprendente apariencia que surgían ante él, a ambos lados, bloqueando por completo su camino.

No los contó, porque todo era muy precipitado y sorprendente, pero cuando menos debía de haber seis o siete figuras amenazadoras..., ¡todas ellas armadas con pistolas de proyectiles corrosivos, sin duda obtenidas del arsenal de a bordo!

Ninguno de aquellos personajes incógnitos se molestó en hablar. Las armas se alzaron, buscando la figura de Marcel Dargent.

Su propósito evidente era disparar. Varios impactos de aquella clase, sobre su persona, significarían la muerte por corrosión. El traje espacial no resistiría tanto proyectil desintegrante.

Se precipitó al suelo dando una voltereta acrobática. Un proyectil corrosivo zumbó sorda y desagradablemente en la atmósfera rosada del hemisferio inferior del asteroide, buscando su cuerpo. Lo alcanzó, estrellándose contra sus ropas, a la altura del hombro, pese a su elástico brinco.

Sintió un fuerte calor, pero el tejido resistió, disolviéndose en parte en gruesos goterones de color, pero sin que ¡a resistencia de fibra plastificada del atavío espacial fuese totalmente perforada. Cuando eso sucediera, la muerte golpearía su carne, devorándola en una especie de humo mortífero, provocado por la disgregación de tejidos bajo la acción del poderoso ácido concentrado.

Otro disparo le desgarró parte de su brillante bota magnética, dejando un surco goteante y cálido, del que subió un acre humo a plástico abrasado, pero eso fue todo.

Marcel siempre dudaba en circunstancias así en tirar a matar. Pero esta vez no tenía otro remedio, o sería él la víctima de los extraños invasores del asteroide. De modo que, con otra voltereta que le impidió ser blanco certero de dos temibles cargas corrosivas, se enfrentó a un grupo de tres de sus adversarios de máscara dorada... y apretó el gatillo de su arma eléctrica, sin contemplaciones.

Un doble aullido de terror y agonía escapó de las gargantas de las personas alcanzadas por la formidable descarga eléctrica de su pistola, graduada a tope. Una poderosa carga de alta tensión barrió a dos de los agresores, en medio de un centelleo azul, incandescente, que envolvió ambas figuras, haciendo arder con lúgubres crujidos sus ropas, y bailotear las figuras dentro de aquel sonoro trallazo de fuego eléctrico, demoledor.

El estampido tenía que haber sido oído forzosamente por su camarada, Brian Baker, si éste se hallaba todo lo cerca que él imaginaba. Los agresores, reducidos en dos, parecieron vacilar, aunque disparando de nuevo sobre su figura en movimiento rápido e incesante, tratando de eludir los impactos de muerte.

Salvó tres cargas corrosivas, y la cuarta le alcanzó en una mano, la zurda, empezando a derretir el plástico amoldado de sus guantes. Marcel tuvo que accionar desesperadamente el antitérmico interior, para que una película de glacial protección interna, generada por el propio tejido, impidiese que su mano, víctima del ácido abrasador, terminara convertida totalmente en una piltrafa humeante.

Se detuvo la corrosión, con el guante medio destruido ya. Era una situación precaria la suya. Otra carga en la mano, no podría permitir que la capa de protección fría le salvaguardase la mano. Y eso implicaría un auténtico desastre.

En ese momento, sonó la voz potente y clara de Brian Baker:

—¡Marcel! ¡Marcel! ¿Qué es lo que sucede?

Y su figura apareció en la puerta deslizante del Núcleo Plateado, disparando veloz un rayo eléctrico con su arma, sobre los agresores misteriosos de su camarada.

Las máscaras doradas retrocedieron vivamente al surgir Baker, y eso salvó a alguno de ellos de perecer, alcanzado por la descarga de alta tensión, que trazó latigazos zigzagueantes de luz azul en el punto donde hiciera blanco, elevándose del suelo rosado, repentinamente abrasado y ennegrecido en un amplio círculo, un nubarrón de humo maloliente.

Después, repentinamente, echaron a correr, dispersándose en todas direcciones, siempre silenciosamente, siempre sin emitir un solo sonido de sus bocas, tapadas por la máscara de color oro, que se limitaba a dibujar sus facciones borrosamente, como una caperuza podría hacerlo.

Por los diversos corredores, galerías y rampas, se eclipsaron velozmente los asaltantes, sin duda perfectos y diestros conocedores de la toponimia interior del asteroide, ya que no hubo vacilación alguna en sus acciones.

Perseguirles hubiera sido inútil, porque eran varios los fugitivos, diversos los conductos de fuga utilizados, muy dispersos entre sí... y ellos eran solamente dos.

Separarse, en estos momentos, quizá era lo menos prudente y adecuado de todo.

Marcel y Brian se miraron fijamente, con un mutuo resoplido de alivio.

—Cielos, llegaste muy a tiempo... —jadeó el francés, nervioso

aún.

—¿Qué significaba eso? —indagó el norteamericano—. ¿Quiénes eran tus atacantes?

—No lo sé, pero creo que podemos comprobarlo pronto —señaló a los dos abatidos por el trallazo de alta tensión de su arma—. A menos que hayan quedado demasiado abrasados para ser identificables, Brian...

—Lo veremos —Baker asintió, con gesto sombrío tras su caperuza flexible de plástico vidrioso. Luego, puso su mano firme, enguantada, sobre el brazo de su amigo—. Antes de nada, Marcel..., creo que debes saber algo.

—¿Qué? —le miró el joven francés, preocupado por la entonación dada a sus palabras.,

—Ahí adentro... —señaló al Núcleo—. Hay..., hay ahí dentro hasta diez cadáveres...

—¡Diez! —se le desorbitaron los ojos a Marcel—. ¿Pero cómo...?

—Se pudrieron en sus cámaras de hibernación. Alguien desconectó el frío interior, mientras permanecían en letargo. Es... es horrible, créeme.

—Lo creo —se estremeció Dargent—. Cielos, ¿qué está ocurriendo aquí dentro, Brian?

—No lo sé. Pero estoy realmente asustado. De... de las muchachas... ni el menor rastro. Como si hubieran sido desintegradas todas por alguna fuerza cósmica inexplicable...

—Bien. Veamos qué clase de enemigos tuvimos, y tal vez eso nos aclare algo —dijo con decisión Marcel, encaminándose a las dos figuras de máscara dorada, abatidas por su disparo eléctrico.

Se inclinaron sobre los cuerpos inmóviles. Las máscaras de oro, hechas de hilo metálico dorado, se habían convertido en una informe superficie negra, endurecida y crujiente, como una costra tostada. Sólo Dios sabía la clase de rostros que encontrarían detrás... si es que el rayo eléctrico había dejado reconocible rostro alguno.

Tiraron de aquellas caretas calcinadas, que cayeron a trozos. Contemplaron lo que había debajo.

—Cielos, Marcel... —masculló Brian entre dientes.

El francés puso gesto de perplejidad ante aquellos rostros oscurecidos, irreconocibles, alcanzados por la potencia demoledora de la descarga eléctrica. Hinchados y negruzcos, era imposible

deducir la forma real de sus facciones.

Pero sí había algo peculiar en sus cabezas. Algo que parecía sugerir cierta posibilidad incongruente...

—Mira, Brian. Sus cabellos... —dijo roncamente Marcel Dargent.

—Sí, los he visto —susurró Brian, estremeciéndose—. Una cabellera larga, rubia... y otra rojiza, sedosa, también larga y ondulada.

—Eso significa que eran...

—..."Mujeres" —jadeó Baker, aturdido.

—¡Mujeres agresoras, á bordo del asteroide! Dios mío, no tiene sentido... ¿Y las demás? ¿Las tripulantes, Brian?

—No sé. Tal vez sin vida también, en algún compartimento de ese Núcleo. Debemos mirar. Y comprobar que no nos atacan otra vez esas!, esas hembras de máscara dorada. Avisa a bordo del *Perseo*. Que no fíen de nada ni de nadie. Algo muy extraño está ocurriendo aquí... y sean quienes sean, esas mujeres son las responsables.

Estudiaron de nuevo los cuerpos inmóviles. Brian, audazmente, soltó las cremalleras de cierre de su uniforme espacial, que no se asemejaba en absoluto al que los astronautas acostumbraban a lucir en el Cuerpo Astronáutico de la Federación Mundial, ni en tejido ni en modelo. Descubrió el torso de ambas víctimas, para comprobar su descubrimiento. Se incorporó, asintiendo. No había ya ninguna duda. Eran mujeres. Y hermosas, al menos de formas corporales. Su rostro era una incógnita, por el destrozo del rayo eléctrico, pero no se necesitaba ser un lince para imaginar que ambas fueron hermosas, que quizá también lo eran las asesinas desperdigadas a bordo del Asteroide L3.

—Vamos —dijo Brian a su amigo—. Es mejor que continuemos la búsqueda de las otras chicas, las colegas nuestras. Tal vez corran un peligro inminente... o tal vez estén ya muertas.

Maree! estaba informando por el interfono de su equipo espacial a la nave *Perseo*. Anushka recogía su informe, para transmitirlo a Fedor, actual comandante accidental de la cápsula viajera del espacio, en ausencia de Baker.

Después, los dos compañeros se encaminaron, arma en mano, hacia el Núcleo Plateado, nuevamente. En busca de las mujeres. En busca de una explicación, la que fuese, al gran enigma de a bordo

que, por el momento, había causado ya doce muertes: la de los diez astronautas varones del L3… y la de dos de las misteriosas invasoras de caperuza dorada.

Momentos más tarde comprobaban, para su asombro, que el Núcleo aparecía desierto.

Sólo los cadáveres de los diez hombres en hibernación alterada. Ni rastro de las diez mujeres. Ni una señal de su destino.

Nada. Ni nadie.

En aquel momento, zumbó el sistema de conexión radiofónica con el *Perseo*. Brian le hizo un gesto a Marcel, haciéndose él cargo de la comunicación, situada dentro de su caperuza plástica, junto a su boca y oído.

—Aquí Baker, 23357R52 —dio su cifra de código—. Informe, le escucho.

—Aquí *Perseo*. Fedor. 336629K31 —respondió la voz del ruso—. Informe urgente. Una mujer a bordo.

—¿Qué? —estalló Brian.

—Se trata de Isolda, segunda jefe del Cuerpo Femenino de la Expedición Asteroide Lesbos3. Está herida, agotada…, y dice que tiene algo urgente que revelarnos.

Y que regresen inmediatamente, o sucederá una catástrofe irremediable. Repito…

—¡No hace falta que repitas, Fedor! —masculló el americano, excitado—. ¡Atended bien a la astronauta Isolda! ¡Vamos inmediatamente Marcel y yo hacia allá!

Y cerró la conexión, lanzándose a la carrera hacia la salida del Núcleo Plateado, seguido por el perplejo Marcel Dargent que, como él, iba de sorpresa en sorpresa.

Y aún no entendía nada.

CAPITULO V

LUANA terminó de curar las heridas. Yvonne le aplicó, los apósitos adecuados, de autocuración y cicatrización. Luego levantaron los ojos hacia Baker.

—Ya está —dijo Luana con voz apagada—. Por fortuna, las heridas son leves, Brian. No habrá complicaciones.

Baker no dijo nada. Estaba contemplando a Isolda, lugarteniente del grupo femenino de tripulación del asteroide, a las órdenes directas de Zira, la comandante femenina, en previsión de que algo sucediese a los hombres, privándoles de la iniciativa. En la Federación Mundial, todo estaba previsto. Pero no parecía haber conducido a nada.

Isolda era rubia y hermosa. Como su propio nombre, una auténtica valquiria germánica, digna del poema de Tristán. Alta, vigorosa, atlética y exuberante. La belleza típica del siglo XXIII. Grandes ojos azules, boca carnosa y expresión sensual. Ahora, parecía más bien acongojada, angustiada, y sus pupilas celestes expresaban miedo e incertidumbre.

—Debe calmarse, astronauta Isolda —dijo fríamente

Baker—. Y ahora, por simple precaución: ¿su número de control?

—100127ZC 108 —dijo ella, escueta. Luego suspiró mirando con fijeza al comandante del *Perseo*—. ¿Sabe ya lo que está sucediendo, tal vez?

—No sé nada de nada. Pero hemos sido atacados por mujeres con caperuza dorada, y hemos matado a dos de ellas con urta descarga eléctrica.

—¡Las caperuzas doradas! —el terror asomó de nuevo a los ojos de Isolda—. ¡Dios, son ellas otra vez!

—¿"Ellas"?

—¡Las Amazonas! ¡Las aniquiladoras!

—Amazonas aniquiladoras... No entiendo nada de todo eso, Isolda —replicó Brian, incisivo—. ¿Por qué no trata de explicárnoslo coherentemente?

—Lo... lo intentaré —musitó ella, cerrando los ojos y respirando con fuerza, agitando tumultuosamente su poderoso seno.

Se miraron todos entre sí. Luana, instintivamente, se había acercado a Brian, aferrándole un brazo y apoyándose en él. Era como si la hermosa muchacha de color temiera algo, algo indefinible que les acechaba a todos desde alguna parte, invisible pero próxima.

El regreso a la nave había sido rápida. A bordo del *Perseo* encontraron, ciertamente, a la astronauta Isolda, herida y excitada. Brian no desprendió las ventosas adhesivas del asteroide, al que seguían ligados, en aquel extraño *ballet* espacial que tenía por pareja de épicos danzarines a *Perseo* y al Asteroide L3.

Isolda, tras un silencio, comenzó su extraño relato:

—Habréis..., habréis visto a... a los diez hombres, nuestros diez esposos..., muertos. Asesinados cruelmente...

—Sí, Isolda. Los vimos. Las cámaras de hibernación fueron descongeladas bruscamente. No despertaron jamás. Sus cuerpos se descompusieron, simplemente, sometidos a un cambio de temperatura realmente horrible.

—Espantoso... —gimió Yvonne, estremecida.

—Espantoso, sí —Isolda miró a sus compañeras de sexo, con una angustia que significaba sin duda demanda de ayuda de cooperación estrecha entre todos, contra el peligro oculto—. Nos quedamos solas las diez muchachas, llenas de terror, sin saber por qué había sucedido aquello...

—¿Qué impulsó a vuestros compañeros a encerrarse todos en sus cápsulas hibernéticas? El reglamento astronáutico prohíbe que más de media tripulación esté en reposo durante un servicio importante. Y el L3 lo era... y sigue siéndolo.

—Sí, comandante. Nosotras estábamos atendiendo nuestros propios trabajos cuando nos dimos cuenta. De momento, no comprendimos nada. El espectáculo era demasiado terrible para poderlo concebir. Intentamos comunicar con la Tierra, y los

circuitos de comunicación no funcionaban. Estaban alterados, y ello significaba nuestro aislamiento total. La única esperanza era confiar en una expedición de rescate como ésta.

—La expedición llegó, Isolda, pero no veo cómo resolver el problema, si desconocemos su naturaleza, su origen, su propia raíz... Trate de aclararnos eso, se lo ruego.

—Yo misma no sabría hacerlo, comandante. Es todo demasiado complejo. Intentamos crear unas defensas, protegernos de lo que intuíamos un peligro cierto. No pudimos hacer gran cosa. De repente aparecieron esas horribles mujeres de caperuza dorada, las Amazonas, y se apoderaron de todo. Raptaron a las muchachas, yo luché, logrando defenderme aunque caí herida... Me oculté... Les vi pasar, estoy segura, pero creí que eran miembros de su grupo, tuve miedo y seguí oculta entre las provisiones.

—¿Adónde se han podido llevar a las mujeres, a todas sus compañeras, Isolda, incluida la comandante Zira?

—No lo sé, señor. No sé nada. Es posible que tengan una nave, un vehículo espacial muy cerca, donde han cargado a todas. Es lo único que se me ocurre imaginar.

—Parece convincente, pero ¿por qué? ¿Por qué matar a los hombres... y raptar a las mujeres sin dañarlas? Si los asaltantes fuesen varones, estaría más justificado, pero tratándose de hembras... Son humanas, iguales a usted, a cualquiera de estas muchachas... ¿Por qué esa forma de obrar?

—Tal vez busquen solamente mujeres —sugirió Fedor Korev, ceñudo—. ¿Entiendes, Brian? Un racismo, un prejuicio de tipo sexual. Sólo hembras en su forma de vida o existencia, estén donde estén. Nada de hombres.

Los ojos de Isolda brillaron, al mirar al ruso. Asintió su rubia cabeza con energía.

—No dejaría de ser una posibilidad —aceptó—. Ellas se expresaban en lenguaje computado. Vi escribir en una pantalla electrónica, con trazo muy seguro, su nombre concreto: AMAZONAS.

—Amazonas... —suspiró Brian Baker—. Un mito sobre las mujeres guerreras... Según la leyenda, habitaban en el Ponto Euxino, y se amputaban el seno derecho, para mejor manejo del arco. Hay diosas o reinas de ese pueblo legendario .corno las

llamadas Hipólita, Pentesilea... Pura mitología, y nada más. No existen las Amazonas.

—Tal vez sí existan... en el espacio —señaló Isolda, con un resplandor inquieto en sus azules ojos—. ¿Quiénes, si no, serán las mujeres asesinas surgidas del Cosmos repentinamente? ¿Quiénes pudieron invadir y destruir a la tripulación del asteroide, siendo mujeres?

—Sigo sin entenderlo —Baker sacudió la cabeza—. Resulta raro que, dentro de nuestro Sistema Solar, aparezcan humanoides del sexo femenino, como guerreras exterminadoras. ¿Qué planeta puede estar habitado por mujeres? Marte es inhóspito, un mundo muerto, donde todo lo más que puede hallarse son ruinas... Venus es un puro pantano hirviente, como pudo serlo la Tierra en el Período Pérmico o en el Triásico. Júpiter es un enigma gigante, rodeado de metano, amoníaco y gases irrespirables,.. Dios mío, ¿qué nos queda para deducir, como posible origen de una raza de hembras bélicas, agresivas y crueles, capaces de ofrecernos un físico exacto al de la mujer terrestre?

Reinó un profundo silencio tras la pregunta perpleja de Brian Baker, puesto que en el fondo todos parecían hacerse la misma interrogante con idéntico resultado negativo en cuanto a respuesta.

Isolda fue la primera en hablar, con expresión fatigada:

—¿No será mejor apartarnos de ese asteroide, si sigue siendo una amenaza para todos?

—No —rechazó Brian—. Vamos a inyectar en su interior un gas letal, que se congela con el oxígeno. Formará una especie de costra de hielo en el aire, que lo congelará todo, incluso el aire respirable de esas "amazonas". Será el modo de terminar definitivamente con ellas. La congelación del oxígeno se produce por pura simpatía y no por contacto directo con el contenido en los aparatos respiratorios de los astronautas. De modo que no tendrán medio de luchar contra eso. Si siguen dentro del asteroide, sólo tienen dos caminos: rendirse sin lucha... o morir.

—¿Lo van a hacer ya? —se sorprendió Isolda, abriendo mucho sus azules y bellos ojos.

—No —negó Brian—. Requiere la preparación de los productos químicos a mezclar, en unas cápsulas especiales, con las que bombardearemos el interior del asteroide. Dentro de unos veinte

minutos, todo estará a punto.

—Entiendo —suspiró ella, cerrando los párpados—. Será un alivio saber que las Amazonas han sido eliminadas. Es evidente que no conocen la piedad..., especialmente con los hombres.

—Ya he podido notarlo —comentó Brian secamente—. Bien... Nosotros, los hombres, tampoco la tendremos con ellas, no lo dude.

Y haciendo un gesto a Korev, entró en el laboratorio inmediato. El ruso le siguió. Iban a preparar el hielo inyectable en el oxígeno. La muerte gélida era el arma para enfrentarse con la muerte de la máscara de oro.

Estaba por ver cuál triunfaría sobre la otra.

* * *

—Esto ya está, Brian —dijo Korev cerrando uno de los recipientes de frío concentrado, en forma de gas—, Todo a punto, amigo mío.

—Muy bien. Procederemos inmediatamente a inyectarlo. Creo que nadie ha salido de ahí, a menos que. lo haya hecho siendo invisible. Las cámaras de televisión de a bordo no han captado novedad alguna en la superficie del asteroide.

—Hace unos instantes pregunté a Anushka. Tampoco las pantallas de radar captaron cosa alguna. Ni siquiera siendo invisibles pudieron salir de ahí, en tanto exista un cuerpo sólido que ocupe su lugar en el espacio.

—Por tanto, han de hallarse dentro. Y morirán, cuando el aire respirable se convierta en hielo puro, fuera o dentro dé sus atavíos espaciales —suspiró Brian Baker, sombrío—. No me gusta matar fríamente, Fedor. Pero no hay otro remedio. Ellas lo hicieron ya con los hombres de la tripulación. Y quién sabe si, también, a estas horas, se repitió la matanza con las hembras, exceptuando a Isolda.

—De todos modos, Brian, ¿no es una rara historia?

—¿Rara? —Brian asintió, pensativo—. Sí, lo es. Pero Marcel y yo la comprobamos por nuestros propios ojos. Eran mujeres, y mujeres hermosas, además, las que nos atacaron.

—No es sólo eso, Brian. Es..., es algo que no veo claro, algo que escapa a mi entendimiento, pero que presiento que está ahí, ante nosotros. Y no es lo que parece, no sé...

—Te entiendo. Ese misterio de las amazonas de rostro dorado ha de tener alguna explicación, pero... ¿cuál, Fedor?

—Sí, ¿cuál?—se encogió de hombros, alzando los temibles recipientes, que situó dentro de un soporte a prueba de golpes, cuidadosamente, para evitar funestos accidentes a bordo—. De todos modos, un puñado de esas criminales mujeres va a irse al infierno muy pronto. Si es que puede llamarse infierno a un ámbito de hielo puro...

Ambos sonrieron, algo forzadamente. Brian Baker se puso en pie, desperezándose tras la consecución del gas gélido a inyectar en el asteroide. Era un minucioso y difícil trabajo de laboratorio. Pero estaba hecho. Y a punto de actuar sobre el extraño enemigo femenino, llegado de sólo' Dios sabía dónde...

—Vamos ya —murmuró—. Es hora de actuar. Cuanto antes termine esto... tanto mejor, Fedor.

—Sí, opino igual. Las tareas desagradables es mejor llevarlas a cabo rápidamente. Y sin pensarlo mucho —convino el ruso. *t*

Los dos hombres abandonaron el laboratorio, decididos, llevando consigo los dos soportes de cápsulas de gas gélido. Afuera habían quedado Marcel, Luana, Anushka e Yvonne, ocupándose respectivamente de los controles, comunicaciones, pantallas de radar y observación celeste. Suponían que la herida Isolda aún estaría descansando en su litera de emergencia, especial para huéspedes inesperados...

Allí estaban todos, en la amplia cabina de mandos. Pero había una sorpresa considerable respecto a la situación general de los cinco personajes.

Porque ahora nadie se ocupaba de controles, comunicaciones ni observación.

En vez de ello, se mantenían agrupados, amenazados por el arma que esgrimía con firmeza uno de ellos, encañonando a todos los demás.

¡Isolda era la persona armada y amenazadora!

—¿Qué significa...? —jadeó Brian Baker, pestañeando—. Isolda, ¿se ha vuelto loca acaso?

—Ustedes dos será mejor que obedezcan —declaró ella fríamente—. No crean que vacilaré mucho en matarles como a perros ahí mismo, Baker. A usted y a Korev. Con las chicas sería algo más compasiva, pero sobre ustedes tres no vacilaría en tirar a matar. En realidad, estoy deseando que me den un pretexto para

ello, aunque vaya contra lo ordenado.

—¿Lo ordenado? —Korev la miró con ojos centelleantes, empezando a comprender—.Pero..., pero eso quiere decir...

—Eso quiere decir, Fedor, que ella es una de las Amar zonas —silabeó Anushka fríamente, con sus ojos clavados duramente en Isolda—. ¿Os dais cuenta exacta de la realidad? Nunca existieron tales invasoras amazonas. No llegó nadie del exterior, a apoderarse del asteroide.

—Ahora lo veo claro —corroboró Luana con voz alagada—. Eran ellas, Brian... ¡Ellas mismas, las ocupantes del Asteroide L3! Han asesinado a sus esposos... y parece que tienen proyectado hacer lo mismo con nosotros... Ellas son las únicas Amazonas existentes...

Isolda afirmó, con una extraña risa agria y ominosa.

—Exacto, queridas. Esa es la situación...

* * *

Brian Baker contempló las ligaduras magnéticas que sujetaban ahora a los tres entre sí, impidiéndoles toda evasión, en tanto la propia Isolda, su captora, no aplicase a las bandas magnéticas el desconectador adecuado.

—Prisioneros de una mujer... —resopló Marcel—. Nunca lo hubiera imaginado...

—No es sólo una mujer, sino ocho cuando menos —le recordó Brian—. Matamos a dos de ellas, recuerda. Quedan ocho más. Eran tantas como hombres, a bordo del L3. Han debido volverse locas. Pero hay locos muy peligrosos, Marcel. Y ellas lo son. No dudan en matar. Sobre todo, al del sexo contrario. Parece como si de repente, sus mentes sólo les ordenaran destruir al hombre.

—Pero ¿por qué? —dudó Korev—. ¿Acaso efectos espaciales sobre sus cerebros, Brian?

—Por el momento, es un misterio —Baker observó el mimo y sumo cuidado, casi ternura, con que ligaba asimismo a sus esposas, Luana, Anushka e Yvette, en otro grupo aparte. No había ahora odio o brutalidad en sus acciones, aunque Isolda parecía una mujer autoritaria, cruel y falta de piedad en estos momentos—. Pero mirad. A ellas las atiende mucho mejor, como si formasen parte de su propio grupo.

—Son mujeres, Brian —opinó Marcel.

—Sí, pero son "nuestras" mujeres —le rectificó Fedor, sombrío.

—Esperad un momento —habló Baker en un murmullo—. ¿Y si llegara a suceder...? Oh, no, no. No es posible. Resultaría demasiado espantoso...

—¿Qué pretendes decir, Brian? —se intrigó Marcel.

—¿Imagináis que... que nuestras propias mujeres... reaccionan igual?

—¡Cielo, no! —se le erizaron los cabellos a Fedor—. ¡No puede suceder algo así, Brian!

—¿Por qué no? Eran esposas de los astronautas. Los asesinaron de un modo deliberado, frío y pasivo. Intentaron matarnos a Marcel y a mí a bordo del asteroide... Ahora..., ahora sólo Dios sabe por qué vamos como cautivos al asteroide, y cómo van a hacer reaccionar a nuestras esposas. Si... si esa enfermedad del odio al otro sexo es un mal contagioso, estamos perdidos. Si es un resultado de los efectos del espacio sobre ellas, o de algo que falla a bordo del L3, no hay razón para que afecte a unas y a otras no.

—Y si es algo "artificial"... tampoco hay razón para que no se lo apliquen asimismo a nuestras chicas —remachó Marcel, ceñudo.

—¿Artificial? —Korev se volvió, perplejo—. Ya entiendo. ¿Crees que sea... un mal inoculado por ellas mismas, acaso un producto determinado que altere sus sentimientos humanos?

—Pudiera serlo, ¿no?

—Todo puede ser en este trance —resopló Brian, viendo cómo Isolda se sentaba ahora en los mandos de comunicación, desconectando la Tierra y estableciendo contacto directo con alguna estación receptora del L3.

—Misión cumplida —informó fríamente Isolda—. Los seis miembros de la expedición de rescate están en mi poder. Los paso al L3. Todos sin novedad. ¿Hago ejecutar ya a los hombres?

Hubo un silencio tenso, una espera angustiosa para Fedor, Brian y Marcel.

Luego una voz femenina, metalizada por el emisor de radio, dio la respuesta tajante:

—No, Isolda. Obedece al pie de la letra. Trae a los hombres. Los necesitaremos posiblemente. Es todo.

—Bien, Zira —respondió Isolda, echando atrás su rubia cabeza de valquiria poderosa—. Estoy dispuesta. Pasaré con ellos por el tubo neumático.

—Ten cuidado. No deben escapar. Si intentan algo, mátalos sin vacilar. A ellos... o a ellas. Pero preferentemente a ellos, por supuesto —ordenó Zira.

—Por supuesto —sonrió malévola Isolda—. Cambio y cierro.

Terminó la conversación entre ambas mujeres. Brian Baker y sus dos compañeros, cambiaron una mirada insegura. Luego, otra con ellas tres. Vieron angustia, incertidumbre y dolor en los ojos grandes de Luana, los muy azules de Yvonne y los gris de mar turbulento de Anushka.

Aún eran sus esposas. Estaban demostrando ahora que eran algo más que mujeres experimentales del espacio, simples cónyuges elegidas por la Administración para el estudio biológico del ser humano en el espacio. Eran mujeres. "Sus" mujeres. Y sentían algo por ellos. Algo profundo, algo humano y entrañable. Quizá afecto, quizá cariño, ternura... o amor incluso.

Amor...

Una palabra brutalmente borrada de sus cerebros por las mujeres del espacio, convertidas en feroces amazonas. El odio, por el amor. La destrucción y la muerte del hombre, a cambio de las caricias y los besos de la hembra de la especie.

Quizá el principio de un horror inconcebible. Acaso la peor y más demencial adversidad de la joven y fabulosa historia del espacio.

El traslado al Asteroide Lesbos3 comenzó en silencio, bajo el control rígido y frío de la hermosa Isolda, dueña ahora de la situación, arma en mano, y poseedora de las cargas de gas gélido que pensaran ellos destinar a las mujeres asesinas.

—¿Qué va a suceder ahora, Brian? —musitó Korev entre dientes.

—No sé. Me temo que lo peor, Fedor amigo —fue la sombría respuesta del comandante de vuelo de la nave de rescate *Perseo*, caída en la trampa del sistema azul.

Y todos ellos sabían qué era la peor.

Su propia muerte, en principio, ejecutados por las hembras sublevadas.

Después... algo peor todavía. La transformación de Luana, Yvonne y Anushka en auténticas máquinas humanas de matar. En amazonas del Cosmos, tan feroces y crueles como las mitológicas guerreras de la Antigüedad.

Ese era su destino. Baker estaba seguro de ello, como jamás lo estuvo de cosa alguna en su vida.

Y lo peor es que no veía solución posible a todo ello. No había remedio al alcance de sus manos para torcerese adverso destino y reducir a las demenciales mujeres del L3.

Cuando el recorrido hubo terminado, ya a bordo del hemisferio azulado del Asteroide, las compuertas ovaladas se ajustaron tras ellos, cerrándose herméticas.

Y fue como si un gigantesco, inmenso ataúd cósmico, se hubiera cerrado sobre todos, para sentenciarles a su final definitivo.

SEGUNDA PARTE

La hembra de la especie

CAPITULO VI

—SU final definitivo... ¿Por qué quiere saberlo, comandante Baker?

—Creo tener un pequeño derecho a conocer mi destino, señora.

—Olvide aquí toda superioridad. No es el comandante del asteroide. No es nadie aquí. Ni siquiera tiene ya autoridad como varón. Los varones no existen en nuestro mundo.

—¿De veras? ¿Y... cuál es, exactamente, ese mundo suyo?

El duelo dialéctico entre Brian Baker y Zira, comandante femenino de la expedición Asteroide L3, alcanzó una tensa virulencia. A su última pregunta, ella, la morena y arrogante belleza semidesnuda de Zira, la mujer alta, vigorosa como Isolda, pero de piel bronceada, de negros cabellos, de relampagueantes ojos negros y formas físicas espléndidas, se irguió casi agresiva, insultante de arrogancia y orgullo.

—Este es nuestro mundo, por ahora: el propio asteroide. Pero es "nuestro", ¿lo entiende, comandante Baker? Totalmente nuestro. Nosotras lo gobernamos y regimos a nuestro antojo. Y ustedes, los hombres, estorban.

—Es posible —convino Brian—. No sé la clase de locura que les ha atacado en el espacio, pero me pregunto cuánto va a durar. No existe mundo posible sin varones. Las generaciones se agotan, mueren. Deben nacer nuevos seres, o una sociedad se extingue. ¿Han pensado en ello, hatajo de chifladas insensatas y feroces?

—¡Ya basta, Baker! —habló ella, abrupta, insolentándose con él. Avanzó hacia el grupo de los cautivos. Les miró, desafiante. Luego, se volvió a Isolda. La ordenó tajante—: Abre las bandas magnéticas de Brian Baker, querida.

—Pero, Zira, él puede...

—Obedece. Y liga sus manos con otra banda independiente. Quiero mostrarle algo al orgulloso ejemplar del macho de la especie, que se cree superior a todos. Los varones humanos tenéis mucho que aprender de la sociedad más insignificante del mundo: las hormigas. O las propias "mantis" religiosas. Todos esos insectos, procrean. ¡Y luego matan al macho!

—Es un modo inteligente de hacer las cosas —sonrió Baker, irónico—. ¿Y vosotras? ¿Estáis ya esperando bebés acaso?

—Tres de nosotras los esperan —recitó Zira fríamente—. Una murió. Asesinada por vuestras armas destructoras. Quedan dos a la espera. Si tienen hijos varones, serán ejecutados. Si son hembras... sobrevivirán.

—¿Qué? —jadeó Korev—. ¿Estáis locas? ¡Matar a vuestros propios hijos! ¿Adónde habéis ido a parar?

—Al punto que queríamos: la perfección de nuestro sexo —declaró con arrogancia Zira—. Venga, comandante Baker. Le mostraré algo...

Isolda desprendió las bandas magnéticas de sus brazos y piernas, con un mecanismo de desconexión. Pero inmediatamente, otras bandas individuales aferraron sus brazos, manos y piernas, como celosos guardianes artificiales.

Todo ello, bajo la amenaza de las armas de Isolda... y de seis mujeres más, alineadas silenciosamente, con sus atavíos espaciales diferentes a los reglamentarios... y con sus caperuzas doradas, que las hacía prácticamente irreconocibles.

En el Núcleo Plateado del Asteroide L3 tenía lugar la escena entre cautivos y captoras. Al parecer, la que fuera comandante femenino de la expedición, Zira, era ahora la reina, caudillo o cabecilla de la sangrienta revuelta de las féminas contra los varones.

Lo peor era que, por las trazas, aquella revuelta llevaba camino de ser inmensa, realmente gigantesca y devastadora, si su programa era llevado a cabo hasta sus últimos efectos: hombres ejecutados, niños varones eliminados... ¡y sólo mujeres para crear una nueva sociedad!

¿Era eso posible? ¿Existiría el mundo, si el Creador hubiera dejado solamente a Eva en el Paraíso, o incluso a dos, tres o cuatro Evas juntas?

Para Brian la respuesta era obvia. Pero algo más se ocultaba allí.

Algo que Zira, orgullosa de su actual poder, quería mostrarle. Algo que, posiblemente, restara todo valor al hombre en sí...

—Sígueme —ordenó ella, autoritaria—. Y no intentes nada. Tus ligaduras magnéticas te tienen reducido. Pero además habrá siempre tras de ti una de mis muchachas cuidando de que no pretendas truco alguno, Baker.

Brian no dijo nada. Se limitó a partir, con paso lento, delante de ambas mujeres. Echó una ojeada pensativa a Fedor Korev y a Marcel Dargent, sus compañeros, prisioneros como él. Y también a las tres mujeres cautivas, que esperaban aún su destino, en manos de sus congéneres faltas de piedad y de sentimientos humanitarios.

El camino consistió en dos rampas y una escalera, para terminar en uno de los amplios y luminosos laboratorios del asteroide. Zira pasó delante, dejando entre ella y una de las damas de a bordo, al cautivo Baker, bien vigilado.

Entonces, se acercó a una computadora amplia, (dotada de hasta seis visores o pantallas de video de todo tipo, ya fuese programador de cifras, selector de imágenes, de cálculos, reproductor de cintas de video, o transmisión directa en circuito cerrado.

—Observe esto, comandante Baker —habló con frialdad, señalando una serie de tubos situados sobre la mesa—. Y no deje de comprobar los datos en las pantallas computadoras.

Tomó una serie de muestras, que fue aplicando a un selector de materias. El cerebro electrónico empezó a dar una serie de ecuaciones y cifras con enloquecedora rapidez.

—¿Sigue usted el proceso químico-biológico, comandante? —preguntó ella, sarcástica.

—Sí —convino Brian, sombrío—. Son experiencias de inseminación. Los datos son claros.

—Bien. Entonces, siga leyendo, puesto que sabe cuál es el asunto...

Surgieron nuevas cifras. Una de las pantallas computadoras señaló con rápidas letras alineadas electrónicamente sobre la fluorescencia de su vidrio:

"Composición positiva de las células vitales del hombre. Inseminación artificial con muestras también artificiales, producidas por el laboratorio. Perfecta reproducción de las materias adecuadas. Resultado parcial positivo. Resultado total positivo. Pueden ser

concebidos niños normales en laboratorio con los productos experimentados."

Se apagó la pantalla. Zira había presionado una tecla, con una sonrisa de suficiencia. Miraba desafiante a Baker.

—¿Se da cuenta exacta, amigo mío? —sonrió, sardónica—. Es perfecto.

—Perfecto..., pero "artificial" —protestó débilmente Baker.

—¿Y qué importa eso? Sólo suprimimos el amor, el sexo y su valor teórico. Crearemos en nuestros laboratorios criaturas vivas, humanas, correctas. De sexo escogido cuidadosamente. Niñas siempre. Mujeres...

—¿Por qué esa locura? ¿Por qué sólo mujeres, Zira? ¿Qué les ocurre a todas ustedes?

—Que hemos terminado con el poderío del hombre. Estamos hartas de la ciega obediencia y de la pretendida inferioridad. Estamos probando que somos superiores. En todo, Baker. Una sociedad de hombres no puede procrear. Nosotras, sí. Ahí tiene nuestra gran respuesta. ¡No necesitamos a los seres del sexo opuesto!

—Pero... pero es ridículo, absurdo... No .se trata de "necesidad", sino de convivencia, de afectos, de hogares, de una vida en común, establecida ya...

—Todo eso se rompe. Se crea una nueva forma de vida, una sociedad diferente y más perfecta, Baker. Eso es lo que estamos intentando. Lo que estamos a punto de lograr.

—Zira, ¿puede asegurarme ahora, formalmente, que usted dejó morir, a sangre fría, a su propio esposo, sólo para servir a esa idea demencial de la supervivencia de laboratorio, de la procreación sin amor ni deseo, sin pasión ni ciclo vital, confiándolo todo a unas fórmulas matemáticas y a la reproducción química de unos organismos del hombre capaces de engendrar vida? ¿Es ése el sueño dorado de las mujeres amazonas del L3?

—Sí, ése es nuestro sueño supremo. Y estamos a punto de lograrlo. Ahora, Baker, va a regresar junto a sus amigos y camaradas. Ya tiene nuestra respuesta. Ya conoce la verdad.

Brian la miró, desolado.

—Y esa verdad es... que nosotros no significamos ya nada para ustedes, las mujeres.

—Nada. Virtualmente nada, como usted dijo.

—¿Va a ejecutarnos?

—Sí. Es irremediable. Lo que estorba, lo que sobra... se barre. Es como la basura o los desperdicios. Se eliminan, Baker.

—Ya. Nosotros somos esos desperdicios, ¿no?

—Eso parece —la sonrisa de Zira, amplia e irónica, era todo un poema de expresividad. Y también de fría, inexorable amenaza—. Vamos ya. Ha terminado la exhibición.

—Sí, lo que usted diga, Zira —aceptó Baker de mala gana—. Después de todo... es ahora la que manda aquí, aunque no me explique nada de cuanto está haciendo. Es como si, de repente, todo hubiera cambiado de un modo insólito, increíble, desconcertante...

Salieron del laboratorio, de regreso a la sala central de mandos. Antes de llegar a ella y ante el mutismo de Zira, la auténtica capitana actual de las mujeres amazonas, Brian Baker aventuró una pregunta:

—Y... y ellas, nuestras esposas... ¿qué va a ser de todas? ¿Cuál será su destino?

Zira rio burlonamente, antes de responder con voz enfática:

—¿No lo imagina, comandante Baker? Ellas... ellas serán dentro de poco tiempo igual que nosotras. Y ellas mismas... "precisamente..." se van a encargar de ejecutarles a ustedes tres.

.* * *

El silencio era profundo, agobiante casi.

Fue Marcel Dargent el primero en romperlo. Primero, descargó un seco puñetazo contra el muro de irrompibles fibras artificiales, y luego se encogió, dolorido. Las cintas o bandas magnéticas que ligaban sus brazos y piernas, no eran sensibles ni inteligentes, pero su propia carga de magnetismo tenía un principio fundamental: a mayor derroche de energía del cautivo, mayor presión por parte de dichas ligaduras.

Las bandas oprimieron brutalmente sus miembros, haciéndole caer de rodillas, con un gemido de dolor. Fedor y Brian se abstuvieron de ayudarle. Ya lo habían intentado antes, en otra crisis nerviosa del francés, y habían sentido en su propia carne el lacerante dolor de la endiablada reacción de aquellas horribles ligaduras.

—¡No es posible! —jadeó Marcel, exasperado, descargando

cabezazos en el muro, que no sólo le causarían daño directo, sino que provocaban la presión constante y amenazadora de las ataduras magnéticas—. ¡Yvonne nunca sería capaz de asesinarme "a mí"!

Los dos compañeros de Marcel cambiaron una mirada triste, pensativa. Fedor sacudió la cabeza con pesimismo:

—Eso mismo pienso yo —dijo, secamente—. Pero creo que estoy equivocado, como lo estás tú

—Luana sería incapaz de hacerme el más leve daño —añadió Baker, ceñudo—. Pero no me sorprenderá nada que sea precisamente ella la que me asesine fría

y lentamente, complaciéndose en mi propia agonía, Marcel.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? —aulló el joven astronauta francés.

—Sencillamente: porque tienen algún procedimiento para cambiar su mentalidad, para convertirlas en seres tan feroces y malignos como todas ellas lo son ahora —explicó con paciente tono Baker—. He conocido antes a Zira o a Isolda en las Bases espaciales de nuestro mundo. Siempre fueron muchachas eficientes, cultas, serenas y equilibradas. De otro modo, no estarían ahora aquí, en el espacio, dentro de este trasto maldito.

—Pero ¿qué ha podido suceder, Brian, para alterarlo todo? —indagó Fedor, angustiado.

—Sé tanto como tú. Acaso una especie de locura... Quizás una enfermedad. Pero el hecho de que tengan tan avanzados sus estudios sobre la inseminación artificial y la procreación por laboratorio, y que hablen de nuestras propias esposas, anunciando su inminente cambio de mentalidad, hasta hacer de ellas unos monstruos homicidas... me hace pensar que no es una enfermedad, sino algo más sutil y complejo, algo que ha hecho de ellas lo que ahora son: las auténticas amazonas, feroces y despiadadas, en especial con su mayor enemigo: el hombre.

—Brian, ellas mataron a sus esposos. ¿Por qué prolongan nuestro final ahora, dejándonos aquí encerrados? —se interesó Marcel.

—Tampoco tengo respuesta para eso, pero imagino algo. Son tan morbosas, tan malvadas, en su actual estado, que desean vernos sufrir doblemente, con todas sus consecuencias, o nuestro sacrificio no las dejará complacidas. Por eso, ' un vez "contaminadas", digámoslo así, nuestras mujeres, ellas disfrutarán inmensamente

viendo cómo ellas mismas son nuestros verdugos despiadados. El dolor nuestro en ese trance, será su mejor fuente de goce y de complacencia.

—Dios mío, es como estar inmerso en un mundo desquiciado, de puros orates —se quejó Fedor Korev, desalentado—. Preferiría morir ahora mismo, violenta y dolorosamente, al ver que ella, mi Anushka... es quien me destruye placenteramente...

—¿Lo ves, Fedor? —suspiró Brian—. Eso mismo es lo que ellas piensan ahora, lo que tratan de manejar a su favor, para disfrutar con nuestro tormento. Si al menos pudiéramos fingir, burlarnos de ellas y de su maldad, en los últimos momentos... Pero sería exigir demasiado que nuestro espíritu no mostrase dolor ante un hecho así. Por ello creo que, inexorablemente, daremos a nuestras verdugos el gran placer de vernos agonizar entre grandes sufrimientos...

Hubo un silencio. Los tres hombres se miraron. Sabían que faltaba poco para la gran prueba en que se enfrentarían a la muerte, precisamente a manos de los seres más queridos. Brian se daba cuenta ahora de que amaba, realmente, a Luana, puesto que le dolía en lo más hondo pensar en la alucinante posibilidad de que ella, ¡ella precisamente!, terminase con su vida feroz, implacablemente...

Fue un momento después cuando, de modo imprevisible, zumbó la puerta de su prisión actual, deslizándose para dar paso a alguien.

Sólo algo malo podía ser. Baker lo presintió. Y lo comentó en voz alta:

—Me temo que... es el final, amigos —musitó, estremecido.

Una sorda, fría voz helada, le confirmó con terrible crudeza:

—Sí, querido. Tienes toda la razón. Es el fin...

¡Y era Luana quien se lo decía, con una cruel, maligna sonrisa de triunfo! Su propia esposa... convertida al fin en verdugo despiadado, como todas las demás mujeres del espacio...

* * *

Los tres cautivos contemplaron el estrado improvisado en la sala de lectura y recreo del Núcleo Plateado.

Zira el Presidente del tribunal. Isolda, un auxiliar. El tercer miembro del consejo jurídico, era una bella astronauta pelirroja, llamada Luiwa.

Alrededor suyo, las demás mujeres esperaban, pasivas, frías,

distantes, llenas de una gélida y maligna hostilidad hacia ellos.

Lo más terrible, era que entre esas mujeres, se alineaban ahora. Yvonne, Anushka, Luana... Y en nada se diferenciaban de todas las demás, ni en expresión, ni en frialdad, ni en evidente antagonismo hacia ellos tres, los acusados que iban a ser ahora condenados oficialmente.

Porque sobre el veredicto de aquel peregrino tribunal, no había la menor duda. Tampoco la hubiera habido en las mentes de Baker, Korev o Dargent, sin las palabras premonitorias de Luana, cuando fue a sacarles de su encierro para conducirlos a presencia de Zira y las demás, junto con la astronauta Zira, del Asteroide L3.

La sentencia sería a muerte. Por algo eran varones. Hombres, repudiados por la mujer, de modo inexorable y frío.

Hombres, cuyo destino era la muerte. A cambio de ningún otro delito que no fuera el de haber nacido varones.

—Escuchen los acusados el veredicto de este altísimo tribunal que impone la Ley de la Hembra por encima de todo —recitó, monótona, Zira. —Brian Baker, comandante de la nave de rescate *Perseo*, de nacionalidad norteamericana; Fedor Korev, su lugarteniente, segundo de a bordo, tecnólogo especializado en Astronáutica y Comunicaciones Espaciales, de nacionalidad soviética; y, finalmente, Marcel Dargent, meteorólogo y especializado en bioquímica y biología espacial, de nacionalidad francesa. Los tres, de sexo masculino, inferior y despreciable, inútiles como tales para la supervivencia, ególatras y dominantes hasta hoy, por considerarse superiores a la mujer, que para nada precisa de su existencia... Los tres, por esas causas lógicas y razonables aquí enumeradas, sois condenados a la pena de ser exterminados, como seres inútiles, para que así, una raza superior y seleccionada, la de las Hembras de la especie, prospere y se perfeccione hasta crear la sociedad absolutamente perfecta.

—En todo proceso con una condena por medio, el acusado tiene derecho a la defensa ˆprotestó vivamente Dargent.

—Permiso denegado —cortó Isolda fríamente—. No interesan los razonamientos que los hombres deseen exponer a esta sala, por ser sobradamente conocidos de antemano. La sentencia dictada por la comandante Zira, nuestro jefe, será cumplida en las próximas tres horas, como marcan nuestras leyes, y sus ejecutoras serán,

precisamente, aquellas que fueron condenadas a ser esposas de los acusados, por simple razón biológica y oficial, y tratadas por tanto como simples elementos experimentales por la sociedad decadente y lamentable que el hombre levantó por sí solo en el mundo, con absoluto desprecio hacia el sexo opuesto.

—Será inútil cuanto digamos, Marcel —susurró Brian—. Nos ejecutarán, de todos modos. No hacen justicia. Ni siquiera pretenden hacerla, como tampoco tienen razón ni lo pretenden. Simplemente... se vengan de nosotros como si estuvieran dementes. Y, en el fondo, no sé por qué motivo, lo están todas ellas. Ya, incluso nuestras esposas.

Hubo un silencio. Zira miró a las presentes que, en número de ocho, rodeaban a los presentes en el supuesto banquillo de acusados. Muy segura, muy dueña de sí, como si todas aquellas monstruosidades tuvieran una auténtica razón de ser y una lógica aplastante. Zira, la hermosa y morena capitana del grupo de feroces amazonas del espacio, habló con voz tensa, autoritaria, muy firme:

—Bien, queridas todas. Ya escuchasteis cuál ha sido la decisión de este tribunal al que confiasteis' vuestra suerte y la administración de una nueva forma de justicia. Nuestro propio refrendo debe confirmar la rectitud y buen criterio aplicados a la condena.

Un suave aplauso se extendió por doquier. Como fascinado, Brian observaba aquellas manos que batían palmas mecánica, glacialmente, como si en vez de mujeres fuesen un ejército de bellas y desalmadas máquinas de odiar y de exterminar. Una legión de hermosos robots al servicio de una idea obsesiva: destruir al hombre.

Las manos de todas ellas... Las manos morenas y suaves de Luana, que sabían ser tiernas y afectuosas... Las manos blancas de Anushka, pálida y rubia, con la dulzura asomando a sus ojos azules, ahora helados y lejanos... Las manos firmes de Yvonne, habituadas a manipular mandos de comunicaciones y control, ahora batiendo también palmas, en un siniestro asentimiento, en la aprobación masiva de la condena.

—Asamblea terminada —dijo Isolda, solemne, dando un golpe en el estrado con una varilla flexible, que emitió un sonido musical —. Procedan a conducir a los presos al lugar de la ejecución. Dispondrán de dos a tres horas para prepararse a morir. Es más de

lo que merecen.

Se incorporaron todas las mujeres en silencio. Les miraron despectivamente. Luana, Yvonne y Anushka caminaron hacia ellos fría, mecánicamente. Sin embargo, no eran máquinas ni monigotes. Eran ellas. Ellas mismas, las de siempre. Las que habían sido nombradas esposas suyas, para compartir la vida, los hijos, el hogar, e incluso los avatares arriesgados de la conquista del Espacio.

—Venid —dijo heladamente Yvonne—. Ya escuchas

teis las órdenes dadas. No os resistáis o seréis torturados. Siempre es preferible la muerte rápida y piadosa al largo y lento tormento que merecen los rebeldes.

—Yvonne, querida, ¡no puedes hacernos esto! Tú no, Dios mío... —jadeó Marcial, lívido, contemplándola en vano, con toda su profunda ternura.

—Será inútil lo que digas o hagas, Marcel —le atajó Fedor, ceñudo—. Yo también pienso lo mismo respecto a Anushka, pero sé que me engaño estúpidamente. Es como si ya no fueran ellas mismas. Nadie lo es a bordo, según parece. Están endemoniadas, poseídas del espíritu nefasto de Satán...

Anushka, su esposa, rio despectiva, burlona, entre dientes.

—¡Satán! —repitió, sarcástica—. Vosotros sois el diablo, Fedor. Sois lo peor de la Humanidad. El exterminio de los hombres, hará una vida mejor.

—Y sin amor —dijo Brian Baker con aspereza.

—¡Amor! —era la bronceada Luana la que se burlaba ahora también—. ¿Para qué queremos "vuestro" amor? Es primitivo, salvaje, rudimentario...

—Dios mío —murmuró Marcel, exasperado—. Pensar que van a tener hijos de laboratorio, y que van a remedar el afecto de un hombre artificiosamente...

—Nunca el nombre de un asteroide habrá respondido tan perfectamente a la realidad sorprendente e ilógica que vivimos —comentó Baker—. Pero todo eso carece ya de importancia para nosotros, según parece. Nuestros amados verdugos están deseando cumplir las órdenes recibidas, ¿no es cierto, Luana?

—Muy cierto —asintió ella fríamente—. Seguid adelante. Hay un lugar donde hemos elegido que seáis inmolados. El sitio que, en justicia, os corresponde.

—¿Cuál? —preguntó Fedor, sombrío.
—La nave de rescate *Perseo*.

CAPITULO VII

***P**ERSEO.*

La bella y estilizada nave que iba a servir para salvar a la tripulación del Asteroide L3. Su tumba en el espacio.

Era irónico y, a la vez, lleno de contrasentidos. Pero así eran de sutiles las mujeres, tras su transformación insólita en jueces y verdugos del sexo contrario. A Baker empezaba a no sorprenderle ya nada de cuanto sucedía.

—Son endiabladamente astutas —masculló—. Ya visteis lo que hicieron para no ser identificadas inicialmente, si salíamos con vida de sus trampas a bordo del asteroide: llevar otras ropas espaciales, elaboradas por ellas con tejidos de reserva, construirse caperuzas doradas... Pensaron en todo, para luego poder cometer la traición que Isolda se ocupó de llevar a cabo a bordo de esta nave, fingiéndose herida por sus enemigas, las amazonas. Y nosotros, estúpidos, picamos el anzuelo como verdaderos imbéciles.

—Era difícil evitarlo —suspiró Fedor Korev—. Todo estaba hecho como tú has dicho, Brian: muy astutamente. Recuerda que nuestro enemigo son... mujeres. Estaban contemplando los preparativos de su muerte, una vez a bordo del *Perseo*. Los contactos de ventosa con el asteroide aún se mantenían, para el regreso de las tres hembras, una vez cumplida la ejecución. Isolda había venido como supervisora de la ejecución, ya que no parecían olvidar detalle, y el hecho de que Anushka, Yvonne y Luana fuesen "novicias" en el extraño e inquietante grupo de mujeres asesinas, parecía exigir el control de las más veteranas en aquel diabólico juego mortífero.

—Cuando menos, y ya que vamos a morir, me gustaría conocer vuestro secreto, Yvonne —dijo Marcel Dargent contemplando con

dolor a su esposa—. ¿Qué os hicieron para transformaros en lo que ahora sois? ¿En qué consiste la metamorfosis y cómo se produce?

Yvonne le contempló fría y despectiva. Se encogió de hombros.

—Eso no te importa. Ni a ti ni a ninguno. Es nuestro secreto.

—¿Ni siquiera al borde de la muerte podemos saberlo? —insistió Baker, ceñudo.

—Ni siquiera así —cortó Luana con aspereza—. Bien. Dispondremos todo para que vuestras armas os ejecuten.

Y enarboló, con sonrisa siniestra, lo que Brian Baker y Fedor Korev habían preparado tan minuciosamente: ¡el gas gélido, capaz de convertir todo aire respirable en hielo puro!

En su mano, las cápsulas se veían inofensivas. Pero los tres hombres sabían lo que sucedería, apenas fuese inyectado aquel producto en el aire mismo que les rodeaba, dentro del *Perseo.*

En escasos segundos el oxígeno se haría hielo, solidificándose a una temperatura por el nivel del cero absoluto, y ello significaría que hasta sus pulmones mismos, repletos de aire respirable, se cubrirían de cristales de hielo, lo mismo que su sangre en las venas quedaría reducida a un bloque prolongado, hecho sólido todo vestigio de oxígeno.

Aislando el *Perseo*, ellas no recibirían el azote helado. La muerte se quedaría a bordo. Y podrían enviar a la Tierra, como un siniestro mensaje de triunfo, a los tres hombres, convertidos en estatuas heladas, dentro de un sólido bloque de hielo puro.

—Entiendo —dijo Baker sordamente—. Por eso elegisteis el *Perseo*…

—Exacto —afirmó Isolda—. Una vez separados los conductos-ventosa, no habrá contacto alguno entre una nave y otra. El vacío del espacio formará un muro protector natural entre el oxígeno congelado de aquí dentro y nuestro propio aire respirable, puesto que se extiende por simpatía ese gas, y no podrá hacerlo en el vacío absoluto.

Hubo un silencio a bordo de la nave condenada a ser el ataúd flotante de tres cuerpos congelados intencionadamente. Si desde mandos remotos de la Tierra, recuperaban el *Perseo*, lo que encontrarían a bordo los hombres del planeta no sería precisamente un grato mensaje llegado del espacio exterior.

—Una de nosotras procederá a inyectar el gas en el aire y cerrar

toda compuerta, desprendiendo luego, al regresar, los tubos-ventosa —explicó Isolda, apacible, como quien refiere un alegre picnic proyectado—. Ese alguien, por propia decisión, ha sido Luana.

—Luana... —dolorosamente, Brian supo que su esposa era la encargada directa de la ejecución de los tres. La miró, en busca de algo, de una luz de humanidad, de un asomo de piedad en su bonito, moreno y cálido rostro.

No encontró nada en él. Nada, salvo frío, indiferencia y lejana hostilidad.

En los mandos de comunicación, unas luces parpadeaban frenéticamente hacía tiempo. Y en una pantalla de televisión, la luz parpadeaba también, con una llamada en rojo:

"Atención. Mensaje urgente de la Tierra... Atención, mensaje urgente de la Tierra... "Atención..."

Isolda lo desconectó bruscamente, sin prestarle mayor interés al aviso. Los pestañeos de luz, en tableros y pantallas, cesaron.

—No nos interesa nada del planeta Tierra —cortó la rubia valquiria de vigorosa figura y enhiestos senos rotundos y poderosos —. Todo contacto entre ellos y nosotros terminó.

—¿De veras, Isolda? —musitó fríamente Baker—. ¿Por qué motivo? ¿Es que hay "otro" planeta que ahora te atraiga más a ti y a tus correligionarias?

Por el momento, pensó que había dado en el blanco. Ella se revolvió, molesta, clavando en él sus ojos agresivos y duros. Sus pechos macizos palpitaron con fuerza.

—No te importa. A ti no te importa nada —cortó, acerada—. Ahora, L3 es "nuestro" planeta y nuestro hogar.

—Un triste y frío hogar sin calor —recitó lúgubremente Marcel. Miró patéticamente a Yvonne, su esposa—. ¿No piensas en nuestro hijo, querida? ¿No te acuerdas ya de él?

—¿Hijo? —ella rechazó la palabra con gesto casi feroz—. ¡Es un futuro hombre! Si estuviese aquí, sería inmolado.

—Como uno de mis hijos —añadió la ucraniana Anushka—. El niño debería morir, querida!

Fedor maldijo entre dientes, muy pálido. Era una madre la que hablaba así. Brian no podía olvidar que quien diese a luz un niño varón, a bordo del L3, procedería fríamente a su aniquilamiento. Sólo las niñas podían sobrevivir. Mujeres, mujeres, mujeres

siempre…

—Es horrible —jadeó Brian—. Vale más que no forcéis las cosas. Ya todo esto aterra demasiado, para ir descubriendo nuevos indicios de su ferocidad, amigos míos.

—Si tuviera las manos libres, mataría a mi esposa —aulló Marcel, descompuesto.

—Pero no las tienes —rio ella—. Soy yo quien va a matarte a ti, *mon cheri.*

Empezaban a retirarse ya todas, mirándoles con agresividad. Luana se quedaba sola, preparando las cápsulas, junto al mecanismo inyector y repartidor de aire respirable por todo el *Perseo.*

Bastaría lanzar allí dentro las cápsulas. Por sí solas, se quedarían bajo la presión del aire condensado en los depósitos, como estaba previsto. Y surgirían oleadas de frío, un frío químico aterrador, que todo lo congelaría, allí donde hubiera un vestigio de oxígeno.

Luana iba a ser la encargada de hacerlo. Después, apenas dos o tres minutos… y la muerte para todos.

Una vez dentro del conducto de aire, ya nada ni nadie podría detener la acción mortal del arma gélida. Eso, lo sabían tan bien ellos como ellas.

—Adiós, hombres —recitó con ironía Yvonne—. Buen viaje a la eternidad.

—Lamento no poder ver los resultados finales—corroboró Anushka con sequedad.

—Podremos dejar la televisión conectada —rio Isolda, dando a los mandos de la interconexión nave a nave, y dejando iluminada la pantalla con la imagen de cuanto allí sucedía—. Desde el L3 asistiremos al gran espectáculo sin dificultades ni peligros… ¿Dispuesta, Luana?

—Dispuesta —asintió la bella mujer de color.

—Pues… ¡adelante! —fue la seca orden.

La mano broncínea de Luana actuó. Brian Baker pestañeó vivamente. Un profundo frío que no era aún el del aire helado ni el de la muerte, se extendió por su interior. Aún había tenido hasta entonces alguna esperanza, respecto a la fuerza de humanidad de tres seres queridos, como eran ellas.

Ya no quedaba esperanza alguna. Luana levantó las dos cápsulas de muerte sobre el conducto succionante del inyector de aire

respirable. Lanzó dentro las piezas de metal plastificado, que golpearon con leve chasquido en el interior.

Isolda, Yvonne y Anushka, estaban ya fuera, en el conducto-ventosa que conducía al asteroide.

La máquina de muerte estaba en marcha. Se oyó la lejana voz de Isolda, dando la orden final:

—¡Vamos, Luana! En treinta segundos, todo debe quedar desconectado entre nosotras y ellos...

—Sí, ya voy —afirmó Luana, contemplando fijamente a su esposo, Brian Baker. Luego, sonrió de modo extraño, y caminó hacia la salida, fija su vista en la pantalla de televisión que transmitiría al L3 los detalles de su rápida agonía y de la congelación total del interior del *Perseo*. Y añadió, dirigiéndose a ellos tres—: Adiós para siempre...

Y la muerte, cada vez más de prisa, actuaba dentro del inyector de aire.

En breves segundos se desencadenaría todo.

Al salir hacia el conducto de comunicación con el L3, que estaba a punto de ser desprendido por las féminas del asteroide, Luana golpeó contra los mandos de televisión de nave a nave, tropezando en sus circuitos y mandos.

Hubo un leve chispazo, y la televisión se apagó, apareciendo el rótulo que habría surgido, asimismo, en la pantalla visora del L3, sobre fondo rojo:

"AVERIA. TRANSMISIÓN INTERRUMPIDA. CIRCUITOS DESCONECTADOS."

Cuando menos, pensó Baker con cierto agrio humorismo, no iban a darse el placer de contemplar su agonía y muerte. Ya no había espectáculo. Ni tiempo para reparar avería alguna. El proceso destructor de las cápsulas que cerraban el temible gas, habría comenzado, y se produciría con, rapidez.

Incluso quizá con demasiada rapidez para que Luana pudiese abandonar la nave a tiempo...

La voz de Zira, por un intercomunicador, la apremió, llena de autoridad:

—¡Luana, sal "inmediatamente" del *Perseo*! —habló—. Sólo hay diez segundos de permanencia de los contactos con el L3... ¡Nueve segundos, Luana! ¡Ocho! ¡Siete...!

Luana, extrañamente, no se movía. Escuchaba, sin moverse, sus grandes ojos oscuros sorprendentemente fijos en su esposo. Pero Baker, aunque tuvo la remota esperanza de que ella volviera a la realidad, ante el *shock* que en su mente podía producir aquella situación límite, sabía que nada ni nadie podía detener ya al proceso iniciado en el aire respirable.

—¡Luana, por el amor de Dios! —jadeó roncamente—. ¡Vete, vete de aquí, cariño! ¡No pagues con tu vida también! ¡Yo te comprendo, te perdono, porque no es tu voluntad la que actúa en esto, sino la de ellas, no sé cómo pueda ser!

—¡Luana, cinco segundos! —avisó Zira, tensamente—. ¡Cuatro...!

—Vete, Luana, te lo ruego. Cuando menos... sálvate tú, aunque sea para vivir esa nueva existencia entre sólo mujeres... —rogó Baker, patético.

Le miraban asombrados Fedor y Marcel, como sorprendidos de que él, el hombre que nunca estuvo realmente seguro de amar a su esposa de color, impuesta por la Federación Mundial de Astronáutica, estuviera suplicando a su propio verdugo, sólo por amor hacia ella, rogándole que salvara su existencia, en vez de sacrificarla allí, estúpidamente...

—¡Luana, DOS segundos! —aulló Zira—. ¿A qué esperas?

—Lo... lo siento —susurró la esposa de Baker serenamente—. Algo ocurre... No puedo..., no puedo salir... Mi pierna... se enganchó en unos cables. Si me muevo, puedo morir electrocutada...

Brian pestañeó. Lo mismo Fedor y Dargent, sorprendidos. Luana no tenía su pierna sujeta en parte alguna. Pero el televisor no funcionaba, y ellas no podían comprobarlo desde el L3.

¡Los tubos-ventosa se estaban desprendiendo ya del L3!

Un segundo o dos más tarde, el aislamiento del *Perseo* sería total. Y Luana se había quedado voluntariamente dentro...

—No..., no entiendo... —jadeó Baker—. ¿Por qué, Luana, por qué...?

—Dios se apiade de ti, Luana —sonó la voz de Zira en el interfono—. ¡Estás perdida, como ellos mismos! Hemos perdido un valioso elemento en, nuestra incipiente soledad. Lo sentimos, Luana, pero sabes que nada podemos hacer por ti...

—Sí, lo sé —respondió Luana secamente—. Lo sé...

E inesperadamente, arrancó el cable que alimentaba el sistema de comunicación radiofónico a bordo. También por el interfono se hizo el silencio. La voz de Zira se extinguió.

Un mutismo tenso reinó a bordo. Los tres condenados, sujetos por sus bandas magnéticas, contemplaban a Luana sin entender una sola palabra. Ella les miraba fijamente. En especial a Baker. —Brian... —musitó.

—¿Sí? —respondió él, perplejo, sin entender nada de nada.

—Brian, me pediste..., me pediste que me marchase de aquí antes de que fuese demasiado tarde... —Sí, Luana.

—¿Por qué, Brian? Yo..., yo soy tu verdugo... El de todos vosotros.,.

—Eres también algo más. Mucho más que eso: mi esposa.

—Una esposa que intenta matarte, Brian. —No. No eres tú quien lo intenta. Como tampoco son realmente ellas. Algo sucede, no sé lo que ello sea. Parece un virus, un contagio, una contaminación maldita, algo cerebral y enfermizo... Quizá un desconocido mal del espacio, Luana. No, no eres tú la mujer que desea mi muerte, sino otra mujer que creció en ti, no sé aún cómo...

—Brian, hay algo más aún...

—¿Qué, Luana? El tiempo se acaba. El gas helado empezará pronto a salir por esos conductos de aire. Nos congelará... a todos.

—Brian, siempre dudé de que realmente me amaras. Era un matrimonio puramente biológico, una experiencia más. Somos cobayas humanos. Y yo..., yo soy de otro color, de otra raza... Yo nunca pensé que me quisieras lo suficiente como..., como para perdonarme incluso tu propia muerte y desear que siguiera con vida...

—Bueno, pues ahora ya lo sabes, Luana. Fue mi instinto el que habló. Entonces he sabido también que te amaba, Luana. Como nunca amé a nadie.

—Brian... —se acercó a él, con ojos húmedos, estremecida de gozo—. Incluso ahora..., ahora en que TODOS vamos a morir, por conducto mío, por culpa directa mía... ¿insistes tú en ello?

—Insisto, Luana. Y me duele que esto suceda por ellos dos —señaló a Fedor y a Marcel, que les escuchaban estupefactos—. Pero morir junto a ti... no sería tan malo, Luana.

—¡Oh, Brian, mi vida! —estalló en un sollozo, se precipitó sobre

él. Y aunque Baker no podía abrazarla, ella sí le aferró, le besó los labios, las mejillas, los ojos, abrazándole apasionada, ardientemente, con una rara luz humana y tierna en sus pupilas húmedas y encendidas.

—Luana... Luana... —susurró Baker, cuando ella le dejó hablar, mover los labios—. ¿Qué te sucede? ¿Qué pasa por ti ahora, cuando ya es demasiado tarde? ¿Acaso..., acaso vuelves a ser tú misma? Tus ojos..., tus ojos brillan como los de un ser que ama, siente, sufre... Ya no eres la mujer fría y despiadada que eras...

—Brian, nunca he sido realmente así... —respondió ella inesperadamente.

—¿Cómo? Yo mismo te he visto. Todos te vimos actuar como todas ellas.

—No, Brian. Fingía.

—¡Fingías!

—Por alguna razón biológica, acaso por mi raza o mi pigmento de piel, he reaccionado diferente a las demás. Ellas no lo sospechaban. Pero comprendí que si no fingía, sería sacrificada, como todos. Me convenía representar una farsa. Si no tenían duda alguna sobre mí, quizá incluso me resultara posible hacer algo por vosotros..., ayudaros de alguna forma...

El *Perseo*, a la deriva, sin motores funcionando, sin conexión con el L3, iba flotando en el vacío, alejándose paulatinamente del asteroide artificial, perdiéndose en la negrura infinita, acaso para perderse de modo definitivo en una remota órbita solar...

—¡Ayudarnos! —masculló Marcel, sarcástico—. Buen modo de ayudarnos", Luana. ¡Condenándonos a la congelación mortal!

—¿Es que no lo entendéis? —se incorporó ella, con ojos luminosos. Sus carnosos labios sonreían gozosamente—. La avería del visor de TV, la desconexión de sonido radiofónico... El quedarme yo aquí, con vosotros, como si fuese un accidente... ¿No os dice algo todo eso?

—Espera, espera... —rogó Brian, febril, sudoroso, excitado. Miró el reloj. Pasaban ya más de tres o cuatro minutos del momento en que las cápsulas gélidas fueron lanzadas al inyector de aire—. Eso quiere decir qué tú..., que tú no has...

—No, Brian. Yo no he puesto nada mortal en el aire —sonrió ella, asintiendo reiteradamente—. Me alegra que tú sí lo entiendas

ahora… Suplí esas cápsulas por otras vacías, del laboratorio, apenas subimos a bordo. Son las que ahora reposan en el aire respirable… completamente inofensivas.

* * *

Baker estudió las dos cápsulas del temible gas helado, ocultas en un compartimento del laboratorio, por la astuta Luana.

Se frotó las muñecas y tobillos, doloridos aún, tras la continuada presión de las bandas magnéticas. Parecía imposible sentirse libre, suelto de aquellas ataduras… y con la vida por delante.

Todo gracias a la capacidad de ficción, sacrificio y riesgo de una sola persona: Luana, su esposa. La joven de color era la auténtica heroína de aquella aventura en las fronteras mismas de lo increíble.

—Dios mío, aún me parece que esto es un sueño, que no ha podido suceder de este modo… —murmuró Brian, sacudiendo la cabeza.

Y puso en un lugar más cuidadosamente elegido, entre espuma plástica, y en un soporte de seguridad, los dos cilindros repletos del mortífero gas gélido. Luego, se volvió a sus compañeros, comprobando por el visor que la distancia entre ellos y el L3 era ya tan considerable, que el asteroide azul era como un puntito luminoso perdido en el vacío negro y sin límites.

—Bien, así hemos de proseguir algún tiempo —dijo a sus camaradas de viaje—. De otro modo, ellas sospecharían algo, y podrían intentar destruirnos por algún medio.

—Brian, también podríamos alejarnos, volver a la Tierra… y hacer destruir a distancia ese asteroide, informando a la Federación Mundial de cuánto sucede a bordo.

Era Fedor Korev quien hablaba, con tono ensombrecido. Brian adivinaba fácilmente lo que pasaba por la mente del joven ruso, y le respondió serenamente a eso:

—No, Fedor. Sabes que no podemos hacer eso. Para destruir el asteroide con todas las mujeres que lleva dentro, siempre estamos a tiempo. Incluso nosotros mismos podríamos hacerlo ahora con nuestras armas convencionales. Pero sacrificar a todas no conduce a nada.

—¡Sabes que son un peligro para todo ser humano del sexo masculino! —protestó Marcel, muy pálido—. Es preciso hacerlo, por doloroso que sea.

—Marcel, Fedor... Están vuestras esposas a bordo, ¿lo olvidasteis ya?

—Cielos, ¿cómo olvidarlo? —Fedor movió, pesimista, su cabeza —. Pero no es el mismo caso de tu Luana, Brian. Ella sigue siendo la que era, porque nunca dejó de serlo. En cuanto a las demás, incluidas Yvonne y Anushka, ¿qué son, sin embargo? Sólo máquinas destructoras, mujeres enloquecidas. Ya nada puede cambiarlas. Están definitivamente perdidas. Es más piadoso matarlas, acabar con ellas, por mucho que nos duela, a dejarlas con vida ahí, acechando a todo astronauta que acuda, para seguir adelante con su loco proyecto de una sociedad femenina, artificialmente fecundada.

—En principio, opinaba como vosotros —aceptó Baker—. Luego, algo me hizo recapacitar y ver las cosas de otro modo.

—¿Qué fue ello, Brian? —se interesó el soviético.

—La posibilidad de que ellas puedan ser "rescatadas".

—¿Ellas? ¿Rescatadas? —se asombró Marcel—. Cielos, ¿de qué o de quién, si están solas a bordo?

—Rescatadas de su mal, sea cual sea su naturaleza. Aún nos falta saber algo fundamental para nuestros proyectos, amigos míos. Luana —habló, volviéndose a su joven esposa, que se ocupaba en reparar los circuitos de televisión y radio averiados, pero limitando su acción solamente al enlace Perseo-Tierra, sin posible contacto con el L3—. ¿Puedes responderme a una sola pregunta?

—Si tengo una respuesta, claro que lo haré, querido —sonrió ella—. ¿Qué quieres saber?

—Poca cosa. Pero trascendental: ¿"Cómo" hacen ellas para convertir a una mujer normal en una de su clase? En suma: ¿qué te hicieron para pretender cambiar tu mente y tus sentimientos?

—Algo muy sencillo —suspiró Luana—. Inyectarme algo...

—¡Inyectarte! —masculló Marcel, sorprendido—. Pero ¿qué era?

—No lo sé. A todas nosotras nos inyectaron un líquido color purpúreo, muy ligero. Producía una ligera somnolencia y luego una sobreexcitación como la que podría producir un alucinógeno...

—Una droga —reflexionó Baker en voz alta—. Era eso: una droga desconocida...

—Observé en seguida el cambio en mis compañeras. Y rápidamente, me adapté a su propio aspecto, aunque yo no sentía alteración alguna en mi comportamiento interno, fingiendo estar

tan en trance como Yvonne y Anushka.

—Entiendo. Obraste con mucha inteligencia. Desgraciadamente, no disponemos de medio alguno para saber qué clase de producto es el inyectado en el individuo.

Aunque se trata, es obvio, de una droga que neutraliza los sentimientos propios y bloquea la mente, dejándolo a merced de Zira y las demás. Despierta un odio instintivo hacia el hombre, y una crueldad especial en su misión destructora.

—Demasiados efectos para una sola droga, ¿no crees? —dudó Fedor, escéptico.

—Sí, eso es cierto —se volvió a su esposa—. Luana, ¿la inyección fue intravenosa?

—Intravenosa, sí —ella sonrió—. Podéis analizar mi sangre. Tal vez quede algún residuo. Por lo menos, es la única idea que se me ocurre...

—Gracias, Luana. Haremos eso ahora mismo, aunque no creo que dé resultado —Baker se frotó las sienes, con gesto preocupado —. Lo que me intriga es otra cosa...

—¿Cuál, Brian?

—¿Quién inventó ese suero y por qué? ¿Quién se lo aplicó primero a sí mismo, para iniciar el ciclo? Ese es el punto vital del enigma, amigos míos. Mientras no aclaremos eso, sin lugar a dudas, no sabremos lo que ocurre a bordo del L3...

—Yo no sé si llegaremos a saberlo o no, Brian, pero algo hay de cierto en la trayectoria que lleva invariablemente el asteroide —hizo notar Marcel, con la vista fija en el tablero luminoso y graduado por zonas y sectores en clave especial, del espacio exterior que ellos recorrían. Un punto de luz azul, moviéndose lentamente, marcaba el emplazamiento exacto del Asteroide Lesbos3.

—¿Qué es ello, Marcel?

—Que se desplaza lenta, muy lentamente, hacia alguna parte. Su órbita no es solar, ni está influencia por Mar

te o Júpiter. Tampoco mantiene la trayectoria prevista conforme a los cálculos previos.

—¿Entonces...?

—Yo diría que ese asteroide está desplazándose hacia alguna parte, atraído por algún cuerpo no localizado ni identificado en ningún mapa celeste... —fue la conclusión de Marcel Dargent.

CAPITULO VIII

—ATRAÍDO por algún cuerpo...

—Exacto. Sigue una órbita o trayectoria fija. No va deambulando al azar, ni se somete a la gravitación planetaria normal.

—¿Qué cuerpo puede existir en esta región del Sistema Solar?

—Ninguno. Solamente asteroides, meteoritos... y poca cosa más. Ningún cuerpo sería lo bastante grande ni pesado como para "atraer" a distancia al asteroide. Y, sin embargo, eso es lo que parece estar sucediendo.

Baker no respondió. La sangre de Luana estaba ahora bajo el microscopio electrónico, revelando sus más ínfimos secretos moleculares a la investigación. Si algo persistía en sus arterias de la droga inyectada en el L3, tenía que estar allí, cuando menos en forma residual.

Encontrar algo así, quizá era suficiente para dar un antídoto o vacuna. Pero era simple hipótesis. Además, se hallaban bastante alejados del asteroide, y no parecían existir medios de regresar a él, poder invadirlo y someter a las mujeres rebeladas contra la sociedad y sus normas.

Sin embargo, el asteroide seguía sometido a observación, vigilado a distancia por un vehículo cósmico del que las mujeres pensarían, en ese momento, que estaba convertido en un bloque de hielo solidificado, con cuatro cadáveres petrificados en su interior. Sin embargo, el ataúd flotante estaba lleno de vida, y acechaba implacable la trayectoria misteriosa del cuerpo azul creado por los seres humanos.

La convicción de que el L3 iba hacia alguna parte concreta, parecía ir tomando forma en la mente de todos, a medida que las

lecturas de trayectoria, inclinación y demás datos técnicos del vuelo espacial iban coincidiendo sobre los tableros luminosos de la computadora.

Sólo que la incógnita era cada vez mayor: ¿hacia dónde?

No había allí otros planetas que Marte y Júpiter. Ninguno de los dos influía en la trayectoria del L3. Por tanto, había "otro" cuerpo, perdido tras el cinturón de asteroides.

¿Qué cuerpo y "dónde"?

Las cartas celestes consultadas, y los datos proporcionados a la computadora, dieron un resultado negativo en cierto modo:

"AUSENCIA TOTAL DE PLANETAS O PLANETOIDES CERCANOS. TRAYECTORIA ORBITAL DEL L3, IGNORADA."

—Necesitaríamos más datos, para que la máquina pudiese informarnos —masculló malhumorado Fedor Korev—. Sigue tomando las coordenadas de ruta, velocidad y ángulo orbital, Marcel.

—Muy bien. Sigo haciéndolo, Fedor. Esperemos que haya resultados positivos en breve.

—¡Un momento! —les interrumpió Brian Baker, levantándose de un salto de su asiento—. ¡He encontrado algo en la sangre de Luana!

Ella se volvió, intrigada. Dejó la nave en punto muerto, flotando en el vacío, y acudió hacia su esposo, para saber lo que sucedía.

—¿Qué es ello, Brian? —se interesó.

—No lo sé aún, pero he logrado localizar un cuerpo... una materia que no es hemoglobina, ni mucho menos... —señaló los datos del microscopio electrónico, y obtuvo luego, graduando el visor, una fotografía fija, superampliada, del cuerpo localizado en la sangre. Después, al dar movimiento a la imagen, se vio cómo centenares de puntitos de ese mismo aspecto se movían velozmente por la muestra sanguínea obtenida.

—¿Y bien? —masculló Fedor, inclinándose sobre la pantalla del microscopio—. ¿Qué conclusiones sacas de eso?

—Una primordial: por sus reacciones y estructura, ese cuerpo es actualmente líquido, pero bastante denso. Y antes ha sido gaseoso.

—¡Gaseoso!

—Sí. Un gas que se licúa a cierta temperatura, sin duda, y produce un líquido inyectable en la sangre. Se mezcla con ésta, pero

se divide en microcuerpos aislados, que se dirigen a los centros del cerebro, controlando emociones, sentimientos, recuerdos y toda clase de ideas, en un sentido determinado. Es lo que creo, y estoy firmemente convencido de ello. Pero sucede que algún elemento, en la sangre de una persona que no sea íntegramente de raza blanca, altera su composición y la ataca, bloqueándola en las arterias. Esos corpúsculos parecen enfermos, como aletargados, en vez de permanecer activos. Pero si ahora, esos mismos cuerpos, reaccionan de otro modo en una muestra de sangre nuestra, habremos dado un gran paso para localizar su naturaleza y efectos. Y, quién sabe, si dándole a la computadora todos los datos que obran en nuestro poder, nos pueda facilitar un compuesto químico desde el cual podamos iniciar la búsqueda de una vacuna o anticuerpo.

—¿Y a qué esperamos, entonces? —masculló Marcel—. ¡Manos a la obra, Brian! Sería..., sería maravilloso poder rescatar con vida a Yvonne y a Anushka... y volverlas a ver tal como fueron siempre...

—Yo he empezado a perder ya las esperanzas en ese sentido —suspiró Fedor Korev—. ¡Estamos tan lejos del asteroide, y será tan difícil llegar hasta ellas sin tener que causar muertes y destrozos irreparables...!

—Un momento —avisó Luana, que había vuelto a examinar los cuadros de control de la trayectoria del asteroide—. Hay novedades, Brian. Y novedades importantes, creo.

—¿De veras? —Baker se precipitó a los lectores espaciales, seguido en tropel por sus dos camaradas—. ¿Qué has encontrado ahí, Luana?

—El asteroide... Mirad su trayectoria. Observad algo. —Luana tomó una varilla magnética, y siguió en la pantalla luminosa el rastro de la nave azul y esférica, hasta detenerse en un punto donde una fuerte luz blanca parpadeaba, brillando intermitente. Los detectores ultrasensibles de a bordo, habían captado la presencia de "algo", allí ante ellos. Y en la ruta justa del asteroide L3.

—¿Qué puede ser eso? —indagó Marcel, perplejo.

—Lo sabremos muy pronto —Luana tecleó, suministrando datos de situación, volumen, densidad, órbita y cuantos datos eran precisos, respecto a los señalados por las coordinadas, sobre el mapa celeste graduado. La computadora trabajó activamente. En la pantalla visora, surgió la respuesta electrónica, sobre fondo verde

intenso:

"No existen planetas ni asteroides en esa zona. Datos computados corresponden meteorito siderito de gran densidad, y poderosa fuerza gravitatoria. Velocidad de marcha por el espacio, 108,725, 122 km/s.

"Asteroide L3 se dirige hacia él, atraído por el meteorito.

"Diámetro del cuerpo celeste localizado, cien kilómetros, doscientos doce metros."

—Bueno, ya sabemos algo —musitó cansadamente Fedor—. El asteroide se dirige al meteorito... Allí, creo yo, está la clave de todo este misterio de las mujeres sublevadas.

—Sí —convino sombríamente Baker—. Yo también lo creo.

* * *

—Un meteorito de más de cien kilómetros de diámetro, con velocidad de ciento ocho kilómetros por segundo, en la zona de asteroides... Un meteorito siderito, o sea, un cuerpo totalmente compuesto de silicatos. De gran densidad y fuerza gravitatoria... No tiene mucho sentido, ¿verdad? Sin núcleo metálico, resulta raro cómo puede tener tal poder de atracción...

—Pues lo tiene —respiró hondo Baker, sin quitar sus ojos del microscopio electrónico—. Ahora nosotros empezamos a sentirnos atraídos por él también, en cuanto nos hemos aproximado al L3.

—¿No sospecharán ellas, si captan nuestra proximidad? —indagó Fedor.

—No lo creo. Lo atribuirán a un deambular sin rumbo. El hecho de que el meteorito nos atraiga, significa que ellas pueden pensar en una entrada casual en el campo gravitatorio de la nave que imaginan convertida en ataúd de todos nosotros.

—¿Y esa sangre, Brian? ¿Cómo va? —se interesó Luana, acercándose.

—Muy bien, al parecer. Los corpúsculos se desarrollan y activan en la muestra de mi sangre. Pero luego mueren, languideciendo rápidamente. Es evidente que la sangre masculina, por alguna oculta razón, quizá hormonal, actúa sobre ellos negativamente y... ¡Eso es! —se irguió, resplandeciente—. ¡Negativamente! ¿Lo entendéis? ¡Ya tenemos el antídoto!

—¿Y es...?

—¡Sangre de hombre! La sangre del varón, acabará con la fuerza de esos corpúsculos... Vamos a preparar unos antídotos con nuestra

propia sangre. Cuando menos, dosis para diez mujeres, por si es posible salvarlas a todas ellas.

—Pero..., pero ¿dónde esperas encontrarte con Zira y las demás, Brian? —dudó Luana, sorprendida.

—Tal vez en el mundo perdido que hemos localizado —sonrió Baker—. En ese meteorito de silicatos, adonde es atraído por alguna razón el asteroide Lr3... una vez convertida su tripulación en mujeres asesinas.

—¿Crees que ese meteorito pueda estar habitado por gentes inteligentes? —dudó Fedor Korev, con gesto de extrañeza.

—Creo que hay "algo" en él que ejerce su influencia sobre los tripulantes femeninos del asteroide. Y vamos a saber qué es ese algo, ahora que tenemos una cierta idea de muchas cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Que en un mundo de cien kilómetros de diámetro, se puede uno posar en otro punto, al lado opuesto de aquel donde se halle el L3, para no ser advertidos por las mujeres. Y una vez en ese mundo, adonde nuestros motores a fotones y nuestros propulsores antigravitatorios pueden evitar que nos estrellemos o seamos atraídos caprichosamente, tenemos que buscar el origen de todo esto. Sea cual sea... está allí. Podría jurarlo.

Y los ojos penetrantes de Baker se clavaron en la luz blanca que, con parpadeos fugaces, era visible en la pantalla celeste. Cerca, muy cerca ya del L3.

Y de ellos también.

* * *

Un paisaje desolador y fantástico.

Grandes sílices, piedras doradas, azules o cristalinas, emergían por doquier, en formas poliédricas y caprichosas. Prismas irisados, que recibían la luz de los astros en una noche negra y eterna, sin soles, salvo el débil resplandor lejano del astro rey del Sistema Solar, se acumulaban por doquier, constituyendo un suelo diamantino, cristalizado, bellísimo, pero terriblemente frío e inhóspito.

—Es como pisar un mundo de cristal —señaló roncamente Fedor Korev, arma en mano, ataviado con su traje espacial. Asomó al exterior, y comprobó algo en sus indicadores internos del climatizado atavío—. Temperatura ambiente, muy cálida. Unos

treinta y cinco a cuarenta grados centígrados sobre cero. Aire totalmente respirable, aunque liviano.

—Extraño —musitó Baker—. Aire respirable... y no hay nubes, ni coloración atmosférica alguna. Temperatura cálida, en una zona helada del Sistema Solar... Sílices por doquier, cristalizaciones y carbones en la superficie... Sin embargo, un poder de gravedad superior al de su volumen. Magnetismo, casi nulo. Eso indica poca o nula existencia de metales en su núcleo central. No, no logro entenderlo bien. Este planeta tiene algo extraño.

—Ni siquiera es un planeta —rechazó Luana—. Mira la curvatura del horizonte. Es muy pequeño...

—Cien kilómetros de diámetro es bastante distancia para un meteorito. Me pregunto qué sucedería si un cuerpo así cayese sobre la Tierra...

—El L3 también se ha posado en el planeta —señaló Luana a un indicador de a bordo—. En el lado opuesto del meteorito, según nuestra situación actual.

—Tal y como yo lo había previsto —Brian Baker respiró con alivio—. Tenemos tiempo y espacio para movernos sin ser vistos por ellas...

—¿Y si "alguien" más nos vigila? —preguntó Korev, aprensivo—. La verdad es que tuve esa sensación al asomarme antes afuera.

—También yo —convino Baker—. Pero eso no va a detenerme aquí dentro. Vamos ya. Uno debe quedarse, sin embargo, a guardar el *Perseo*. Es nuestro único modo de regresar a la Tierra. Sin él, tal vez nos tocaría quedarnos aquí para siempre, amigos míos... Marcel, esta vez te toca a ti.

—Vaya, eso no me hace gracia. Yo aquí solo, vosotros por ahí deambulando... Deberíamos correr todos la misma suerte, buena o mala.

—No es prudente. El *Perseo* es demasiado importante para dejarlo desocupado. Aún ignoramos si este mundo está habitado, y "quiénes" son sus habitantes, si existen...

—Si realmente está habitado, lo disimula muy bien —gruñó Marcel, escudriñando el exterior desde el gran visor de la cabina de mandos, resignado ya a su puesto de guardia a bordo de la nave terrestre.

—Pero eso no es cosa que nos permita fiarnos —le recordó

Baker—. Después de todo, aquí hay una temperatura tolerable, un aire que se puede respirar... Demasiadas cosas parecidas a nuestro planeta, para que no exista alguna forma de vida, además de esos agrupamientos rocosos, desnudos y fríos.

—No hay vegetación, sin embargo —señaló Luana con viveza—. A pesar de la presencia del oxígeno, resulta muy raro que no existan plantas...

—Tal vez ésta sea una zona desértica del meteorito —señaló Baker, ceñudo.

—Sabes que tenía todo el mismo aspecto, visto desde el espacio. Y tampoco resulta normal que un simple meteorito tenga atmósfera...

Habían salido de la nave, dejando atrás a Marcel, dentro del *Perseo*. Su marcha por el meteorito era lenta y minuciosa.

—Tampoco es lógico que posea una fuerza de gravedad similar a la terrestre, cuando es tan pequeño por comparación —confirmó Baker, ceñudo—. En algo tenéis razón: este meteorito es sumamente misterioso...

Fedor Korev contemplaba el suelo, rocoso y llano como si todo el mundo aquel estuviera hecho de superficie durísima, petrificada. Comprobó que llevaba sus armas especiales, seleccionadas por Baker para aquella expedición.

—Me pregunto qué diablos vamos a encontrar aquí —refunfuñó el ruso—. Desde luego, no creo que sea nada bueno...

Luana parecía preocupada. Su mano aferraba con fuerza la de Brian, y a través del tejido hermético de los guantes, Baker estaba seguro de notar el calor palpitante de la piel de su joven esposa. Al lado de ella no temía lo que pudiera suceder.

—No olvidéis utilizar las armas si nos encontramos a alguna de las mujeres —señaló Brian—. ¿Recordáis todos los detalles del plan?

—Uno por uno —asintió Fedor—. Pero va a ser difícil encontrarnos, si nos hallamos en diferente hemisferio. Son demasiados kilómetros de distancia hasta el asteroide azul...

—Esta es una simple exploración. Lo fundamental es saber la clase de astro en que nos hallamos. Sólo entonces podremos poner en práctica nuestros planes, bus

cando encontrarnos con el L3. Este lugar tan sorprendente y silencioso, puede ser el campo de batalla elegido. Todo depende del

propio meteorito. Y de la forma de vida que exista en él.

—¿Crees que existe alguna?

—Sí —declaró Baker, con sorprendente firmeza—. Estoy convencido de ello.

La búsqueda continuó durante bastantes minutos. La temperatura no descendía. La noche seguía negra y estrellada. El paisaje era de una monotonía desesperante, pese a la belleza de los reflejos estelares en las piedras prismáticas y cristalizadas de la superficie.

Finalmente, Baker ordenó un alto, junto a un macizo rocoso de bellísimos matices rosados y azules. Los silicatos y cristales, hacían juegos fantásticos, al fulgor de las estrellas remotas, en aquel mundo errante y sin nubes.

—Bien... —suspiró Fedor—. Y ahora, ¿qué, Brian? Sigo sin ver nada vivo en torno mío...

Brian asintió, frunciendo el ceño. Se inclinó, estudiando el rígido, duro suelo cristalino. Lo palpó, pensativo. Luana estuvo seguía de que algo, acaso un centelleo rápido de inteligencia, cruzó sus pupilas reflexivas.

Pero sereno, imperturbable, se incorporó, mirando en torno, como si buscase algo. Acaso un rastro de vegetación, un animal, un ser viviente de alguna especie. Siempre era todo igual: monocorde, idéntico, de una apabullante monotonía.

—Vamos —dijo, escueto—. Volvamos a la nave. Creo que será mejor dar un vuelo en torno a este planeta... y acercarnos, sin ser advertidos, al Asteroide Lesbos3.

—¿Eh? ¿De veras estás en tus cabales? —dudó Fedor, mirándole perplejo.

—Por el momento, sí —rio Baker entre dientes, extrañamente tensas sus facciones. E incluso levemente pálidas, hubiera jurado Luana—. Vamos ya. Marcel puede que esté impaciente por nuestra ausencia, si éste se prolonga demasiado.

Reemprendieron la marcha, volviendo sobre sus pasos. En dos o tres ocasiones, intentó Fedor Korev romper el mutismo de Brian, sin conseguirlo, o bien obteniendo, por toda respuesta, una sacudida de cabeza y un gesto elocuente, dándole a entender que estaba meditando y no quería ser interrumpido.

Alcanzaron al *Perseo*. Todo continuaba igual allí, y Baker lanzó

un suspiro cuando lo advirtió, como si hubiera temido que, en su ausencia, sucediera algo a bordo. Marcel Dargent les recibió entre ceñudo y alegre. Una cosa por no haber formado parte de la expedición, y otra por su pronto regreso.

—Esperaba que tardaseis más —confesó el francés.

—Yo también —refunfuñó malhumorado Fedor—. No sé qué bicho le picó a Brian para que, de repente, decidiera volver. El meteorito es un desierto, pero jamás vi desierto más bello.

Brian no comentaba nada. Elevó la nave, y no pareció realmente aliviado hasta verse muy por encima de la superficie cristalizada del bello mundo errante.

Solamente entonces habló, con tono sordo:

—Estás loco, Fedor, si crees que obré caprichosamente ahí abajo. Sencillamente, supe de repente que "tenía" que hacer eso, o sería demasiado tarde.

—Demasiado tarde..., ¿para qué? —se asombró el ruso.

—Para salvarnos.

—Cielos... —estupefacto, Korev cambió una mirada con la también sorprendida Luana, aunque ésta sí había captado algo raro en Brian durante la excursión por el meteorito desierto—. Salvarnos ¿de qué cosa, Brian?

—De lo que vive allí abajo.

—¿Lo que...? ¡Oh, cielos, no! —estalló Fedor—. ¿Qué clase de locura es ésa? ¿Otra forma de trastornarse, similar a la de las mujeres? ¡Si allí no hay "nada" que viva, Brian!

—No, no hay nada "aparente". ¿Por qué? Porque no se ve a persona, animal o ser vivo alguno. Sin embargo, se siente vida, se "respira" vida ahí abajo.

—Eso es cierto —admitió Luana—. Yo también lo he notado.

—¿Qué mil diablos habéis notado? —se irritó Fedor—. Ya no he captado nada.

—Porque los árboles te impidieron ver el bosque —sonrió Brian —. A mí me sucedió igual. Fue al agacharme, de repente, y tocar el suelo. Entonces comprendí. Entonces me di cuenta con horror de lo que sucedía...

—Bien, ¿y qué sucedía? ¿Qué es lo que está vivo allí abajo, Baker?

—TODO, Fedor. Absolutamente todo está vivo. No es una cosa,

ni un elemento, ni una planta o un animal, porque no existen. Es TODO EL METEORITO lo que VIVE. Vive y palpita, ¿entiendes? Tiene vida PROPIA. El mundo ese entero es una COSA VIVA. Su interior es absorbente, de ahí su gravitación... Sus piedras y cristales forman una especie de corteza o caparazón animal... Su atmósfera respirable es el aire que "ello" necesita para vivir. Y su calor incongruente, es el calor que emite ese cuerpo gigantesco, de cien kilómetros de diámetro...

—¡Imposible, Brian! —se le erizaron los cabellos a Fedor Korev, y miró alucinado hacia la forma esférica de aquel cuerpo pétreo que flotaba en el espacio—. Eso..., eso no puede suceder...

—Todo puede suceder en el Universo, Fedor. Formas de vida insólitas e ignoradas, cosas que nadie puede imaginar... Acaso una supercriatura, un macroanimal procedente de inmensos mundos gigantescos, allá en los confines del Universo. En su ambiente, sería una más, entre seres titánicos. Aquí... es un coloso, una amenaza, pavorosa.

—Pero..., pero, Brian, ¿cómo puedes estar seguro de tal cosa?

—No estoy seguro. Lo intuyo. Lo deduzco. Si te hubieras preocupado de llevar un detector de vitalidad, de energía, como llevo yo en mi equipo, comprobarías que la aguja rebasa todo tope, y oscila alocadamente. Es porque está uno sobre energía pura, sobre una forma de vida ingente. Además..., no me sorprendería que esa forma de vida fuese HEMBRA.

—¿Qué? —jadeó el ruso, atónito.

—Sí, Fedor. Eso explicaría las cosas incongruentes que suceden en torno nuestro. Esa "cosa" es femenina... Y desea la superioridad de la mujer en el Universo. Acaso sea una forma unisexual, no sé. Pero detesta al macho de la especie. Emite algo, lo que sea..., que es lo que afecta a las mujeres contaminadas.

—Si fuese una simple radiación, ¿qué significarían las inyecciones, Brian? —dudó Luana.

—Bien observado —Baker se inclinó sobre los mandos, giró en torno al planeta... y vislumbró, allá abajo, el asteroide azul, el L3, inmóvil, detenido sobre el meteorito viviente. Luego, señaló, mientras hablaba, hacia un punto cercano al asteroide—. Significaría que las mujeres contaminadas inicialmente por alguna sustancia emitida por ese meteorito viviente, actúan ya controladas

por "ella o "él", como queráis llamar a esa "cosa" cósmica, y dispone de tejidos propios, acaso corpúsculos de su propia sangre contaminada, para inyectarla a otras víctimas inmediatas. Es un proceso, un ciclo cuyo inicio era lo que me intrigaba. Y creo tenerlo ya descubierto, por fantástico y alucinante que os parezca. Si no... mirad ahí abajo... Todo parece confirmarse, ¿no?

Ellos miraron.

Descubrieron a la hilera de mujeres. Todas, encabezadas por Zira. Todas, incluso con Anushka e Yvonne entre ellas...

Una larga fila de mujeres mecanizadas, rígidas, impasibles, camino de alguna parte, sobre la superficie del pequeño planeta errante, dejando abandonado el asteroide...

Iban andando hacia un punto donde algo humeaba en el suelo pedregoso...

Una boca, una especie de cráter redondo, por el que surgía una luz incandescente, purpúrea... y un gas o humo de igual tonalidad, como si las entrañas de aquel mundo que Brian Baker imaginaba vivo e inteligente, hirvieran en ebullición constante, emitiendo aquel vapor por algo parecido a una monstruosa y horrible boca.

¡Una boca hacia la que se movían las mujeres del asteroide, dóciles a un poder superior, a una fuerza que las arrastraba, inexorablemente, hacia el gas purpúreo...!

* * *

—Si se hunden ahí, van a morir... —susurró roncamente Fedor.

—Todas ellas, incluso mi Yvonne... —jadeó Marcel.

—Sí, eso parece. Tal vez sea el proyecto de ese monstruo gigantesco: alimentarse de mujeres... Sólo de mujeres, para desarrollar, acaso, un organismo necesitado de hormonas femeninas para subsistir. Es la criatura más horrenda e increíble que jamás pude imaginar, amigos míos...

—Es invencible, en todo caso... —suspiró Luana, de un pálido ceniciento su bello rostro moreno.

—¿Invencible? —Baker se encogió de hombros—. No sé..., Marcel, desciende ya.

—¿Qué? ¿Bajamos? —vaciló el francés.

—Sí. Hemos de hacerlo. Si queremos salvar a esas muchachas. En caso contrario, sería el primero en ordenar la evasión inmediata.

—Pero..., pero esa fuerza que nos atrae... tiene algo de malévolo.

Es la gravitación más intensa y extraña que jamás noté.

—Es posible que busque destruirnos, y si no lo ha hecho ya, es porque hay una mujer entre nosotros, Luana, y esa "cosa" horrenda lo presiente y desea, para satisfacer su apetito de seres femeninos...

—Dios mío, es demasiado horrible todo eso —se estremeció Luana.

—Horrible, pero cierto. Cada vez estoy más convencido. Si ese ente de pesadilla sobreviviese a esto..., todas las mujeres del mundo peligrarían a la larga.

—Sí... Podría acercarse a la Tierra... —se estremeció Fedor a su vez—. ¡Sería espantoso!

—Espantoso, amigo mío. Hemos de impedirlo, aunque sea corriendo el riesgo de nuestras propias vidas.

—Pero... ¿cómo? ¿Quién lucha contra semejante criatura? —se quejó Luana.

—Eso... dejádmelo a mí —sonrió Brian extrañamente—. Marcel, más bajo. Pósate en el suelo del planetoide, meteorito, o lo que ello sea...

—Brian, puede ser nuestra muerte...

—También lo será a la larga, si "eso" vive. A la velocidad que viaja, puede llegar a la Tierra en pocos años... ¡y destruirnos a todos!

Marcel no replicó. Se posó suavemente en el suelo cristalizado. Por indicación de Brian Baker, justo a espaldas de las mujeres que, mecánica y fríamente, se movían en procesión automática hacia su destrucción, hacia la boca flamígera, de humeante gas púrpura...

En esta zona, bajo la superficie del planeta, había como una palpitación monstruosa. Podía ser fuego central... o una forma de vida respirando, JADEANDO CON AVIDEZ, acaso con hambre...

Muy pálido, Brian saltó al suelo. Esperaba que la bestia cósmica no advirtiera sus planes, o, cuando menos, no hasta que fuese demasiado tarde para defenderse del ataque.

Baker alzó su pistola especial, cargada con potentes cartuchos de producto narcótico. Disparó una, dos, tres veces...

Estallaron las cargas en el aire, en torno a las mujeres. Ellas se detuvieron bruscamente, giraron la cabeza. Zira gritó algo, señalando a Baker y los demás.

Luego, incapaz de mantenerse en pie, rodeadas todas por el

vapor adormecedor del arma de Baker, rodaron por el suelo cristalizado, quedando tendidas unas sobre otras, en total inmovilidad.

—¡Pronto, cargad con todas y llevadlas al *Perseo*! —rugió Brian —. ¡Actuad de prisa, no dejad ahí a ninguna! ¡Es urgentísimo, actuad ya!

—¡Brian! ¿Y tú? —gimió Luana, pretendiendo detenerle, al verle correr hacia el gas púrpura.

—Yo, querida…, debo destruir al monstruo…, ¡si él se deja destruir!

Luego, Baker echó a correr hacia el chorro de vapor. Hacia la muerte. O hacia su destino final.

CAPITULO IX

EL vapor púrpura brotó tumultuosamente ahora, con furioso ímpetu, como queriendo envolverle en su rabiosa fuerza. El suelo temblaba, crepitaba bajo sus pies calzados con botas magnéticas, inútiles por completo en un cuerpo que era totalmente antimagnético, como descubriera antes.

Brian Baker avanzó, sin temor alguno, pese a todo.

El gas púrpura avanzó hacia él, como algo vivo. Creyó recordar algo, borrosamente... Gas, licuado luego!.. Corpúsculos color púrpura en la sangre...

¡Él vapor del meteorito era la materia que convertía a las mujeres en asesinos despiadados, en odiosos enemigos del sexo contrario!

A él, no podía hacerle efecto. Pero evidentemente, el monstruo ciclópeo del Cosmos, tenía otras armas para atacarle.

Y las utilizó.

En torno a Brian, empezaron a abrirse grietas fantásticas, por las que emergía un chorro de fuego lívido, buscando su contacto directo con él. Una baba pestilente y densa, como goma o caucho, corría hacia él, entre llamas pálidas, buscándole...

Salvó todo eso a saltos... y arrojó de repente, contra la boca humeante, lo que empuñaba con firmeza en sus manos.

Las dos cápsulas de gas gélido.

Luego, se volvió rápido, iluminado por aquel centelleo volcánico del interior de la gran bestia galáctica, y comprobó que ya varias mujeres estaban dentro de la nave, y otras eran trasladadas. Sólo Isolda y Zira quedaban en tierra, inertes.

Baker, luchando con la furia del monstruo pétreo, corrió atrás, salvando abismos, estando a punto de hundirse varias veces en el

espeso humor gelatinoso y ardiente, para lograr al fin alcanzar a las mujeres. Cargó con Isolda, y Fedor llegó a tiempo de recoger a Zira. Con todas ellas, corrieron al *Perseo*, que empezaba a temblar, rodeado de grietas de fuego y de pulpa viscosa...

Subieron a bordo, cerraron escotillas... Luana hizo arrancar la nave vertiginosamente. Se despegó del suelo velozmente. Se elevó, se elevó, se elevó...

Y abajo, repentinamente, a corta distancia de ellos, una especie de repentino vaho vidrioso envolvió el meteorito viviente. Una costra de hielo veloz envolvió y comprimió a aquella bestia estelar, que precisaba de oxígeno para respirar y sobrevivir.

Ese oxígeno, hecho hielo puro, congelado en el cero absoluto, se hallaba hasta dentro incluso de su núcleo candente.

Hubo un estallido brutal poco después. El asteroide L3 se quedó abajo, entre miríadas de costras de hielo reventadas, pulverizadas y lanzadas al vacío estelar. En medio de ello, la masa amorfa, rota, de piedras, fuego y pastosa pulpa, del más gigantesco y horrible monstruo jamás imaginado.

Un monstruo femenino, capaz de devorar mujeres y destruir a los hombres de todas las civilizaciones humanas existentes.

Un monstruo vencido, precisamente, por un hombre...

El horror había quedado exterminado. Flotó sobre el planeta convulso y destrozado una nube de hielo en fragmentos cristalinos, reflejando las luces de las lejanas estrellas.

A bordo del *Perseo*, Brian Baker estrechó las manos de sus amigos, abrazó contra sí a Luana.

Y pronunció unas pocas, muy pocas palabras:

—Aplicad el antídoto a cada una de ellas. Sé que resultará, y todo será como antes... Luana, rumbo a la Tierra. Hemos vencido al fin...

Y oprimió contra sí a aquel ser maravilloso a quien tanto debían. Y a quien amaba por encima de todo.

EPILOGO

TODO parecía ya muy atrás.

El rescate, el horrible meteorito viviente, y la pesadilla angustiosa de su final, en una auténtica lucha titánica contra un poder mil veces superior al de cualquiera de ellos.

Sin embargo, estaban ya en la Tierra, en la Base de la Federación Mundial de Astronáutica, prestando declaración ante el Comité de Investigación de Accidentes Espaciales, y todo aquello se veía tan remoto, tan perdido en la distancia y en el tiempo, era aún muy reciente. Y todos ellos conservaban sobre sí huellas dolorosas del trance vivido.

Especialmente aquellos que, siendo verdugos, fueron al mismo tiempo víctimas. Los que, convertidos en asesinos, ahora debían responder de ese delito, pero con un único alegato como atenuante de su crimen: que no fueron jamás responsables de sus actos, desde que la tripulación femenina del L3 se sublevó contra todo lo programado.

Se había terminado la encuesta previa. A las declaraciones de las mujeres acusadas del delito de rebelión y asesinato colectivo de sus propios esposos, habían seguido los testimonios de Brian Baker y su esposa Luana, Fedor Korev y Anushka, su mujer. Y, finalmente, de Marcel Dargent y su mujer, Yvonne.

Todas las declaraciones eran coincidentes en apariencia. Pero por si ello no bastara, el Comité contaría también con el testimonio electrónico de computadoras y comprobadores de a bordo, así como lectura electroencefalográfica, control mental psicotécnico de las acusadas, y toda clase de experimentos previos a un dictamen o veredicto que podía ser funesto para todas ellas.

—Y bien, Baker, ¿qué cree usted que sucederá? —era el coronel

Le Borg, de la Base Espacial, quien le hizo la pregunta, frotándose el mentón, durante el breve período en que todos reponían fuerzas, en el gabinete anexo al recinto del Tribunal, esperando el veredicto definitivo del Comité.

—Espero que no suceda nada —suspiró Baker—. Esas muchachas son inocentes.

—¿Inocentes, dice? —enarcó el coronel las cejas, perplejo—. Mataron a diez hombres. A sus maridos, precisamente...

—¿Qué puede importar eso, coronel? Nos hubieran asesinado fríamente a todos, sin el menor remordimiento, de haberles sido posible. En realidad, ya lo intentaron, como yo he testimoniado ahí dentro.

—¿Y aún dice que son inocentes?

—Por supuesto. No era su mente la que controlaba sus actos. No eran dueñas de su voluntad ni de sus acciones. Realmente, estaban sometidas a una fuerza ajena.

—¿Una fuerza ajena?

—Sí, coronel —Brian oprimió con fuerza la mano de

Luana, su esposa, y le sonrió a ésta. Sonrisa que le fue devuelta por la hermosa muchacha de color—. Yo lo sé mejor que nadie. La esposa de Marcel, la de Korev... Todas se convirtieron en eso mismo que usted ha podido imaginarse en las chicas del L3. Autómatas femeninas, al servicio de una idea cruel y discriminatoria de sexos. La idea de exterminar a los hombres, dejando con vida solamente a la hembra de la especie, no era ningún plan subversivo feminista, ni un afán lesbiano de convivencia mutua, una vez aniquilado el hombre. Sencillamente, obedecían al mandato de una hembra de excepción: un meteorito viviente, una forma de vida inconcebible para nosotros, dotada de gran poder hipnótico, captadora de mentes humanas, y poseedora de una sustancia gaseosa, capaz de convertirse en vehículo de dominador de cuerpos vivientes. Así, un mundo pequeño, todo él inteligencia, vida y feminismo, disponíase a crear humanidades completas de mujeres, civilizaciones lesbianas por doquier, donde el ser que naciera sólo podría ser mujer, y el varón sería eliminado sistemáticamente. La inseminación artificial sería su medio de supervivencia y reproducción, coronel Le Borg.

—¡Pero eso suena tan fantástico, mi querido Baker...! —se quejó el coronel.

—Eso será confirmado por el examen psicomédico de cada una de esas mujeres. Ya verá, coronel, cómo comprueban que mataron a sus esposos sin estar conscientes de sus actos, poseídas por una fuerza ajena, extraña y dominadora, que actuaba por ellas. Verá cómo el Comité lo entiende… y las absuelve definitivamente.

—¿Usted cree? —dudó aún el militar.

—No, no lo creo —suspiró Baker—. Estoy seguro de ello, coronel. Como estoy seguro de algo: a partir de ahora, es posible que la especie humana deba su supervivencia a una persona de color. Mi esposa, que no es de raza blanca, ha demostrado algo que el mundo estaba necesitando hace muchos, muchísimos años. Algo capaz de terminar con intolerancias y prejuicios. Ellos, los de color, son superiores a nosotros en algo. Cuando menos, en algo científica y prácticamente comprobado: resistió el virus, el mal dominante que procedía de ese gas psíquico… Ella fue la única que lo soportó…, precisamente por ser de raza diferente. ¿Qué le parece, coronel Le Borg?

El coronel, conocido por ciertas ideas racistas muy concretas, no contestó. Levemente pálido y disgustado, dio media vuelta, alejándose de Brian Baker y de su radiante esposa Luana.

Brian Baker tuvo razón.

Las supervivientes del Asteroide L3 fueron absueltas por el Comité de Investigación Espacial. No eran moral ni mentalmente culpables. Es más: Zira e Isolda, sabiéndose responsables directas de los hechos, sufrían una terrible depresión y lloraban constantemente, recordando a sus esposos, asesinados fría y brutalmente por ellas mismas, como simples instrumentos involuntarios de una más poderosa decisión superior. La de un ser maligno e increíble, desaparecido ya…

Por eso, el veredicto del Comité tuvo dos partes, ambas tremendamente humanitarias y comprensivas. Especialmente quizá la última de ellas:

—Este Comité —dijo lentamente su portavoz—, declara a las aquí presentes… INOCENTES de todo delito. Y las considera irresponsables por completo de cuanto ha sucedido. Al mismo tiempo, y para borrar el trauma que todas ellas padecen, ha resultado enviarlas a un Centro de Readaptación Psíquica, donde, una vez tratada su mente y su memoria, ya sin recuerdos, pero

educadas nuevamente para su trabajo y su vida normal, volverán a esta tarea, sin que sepan lo que sucedió en el pasado, y sin que nadie, bajo pretexto alguno, vuelva jamás a recordárselo.

Baker y Luana se miraron en silencio. Oprimiéronse sus manos con calor.

—Creo que así, todo acaba bien —musitó Brian—. Es lo mejor que podían resolver para esas pobres mujeres. Ellas, mejor que nadie, tienen derecho a una nueva vida…

FIN